

**Relaciones sociales y prácticas de  
apropiación espacial en los parques públicos  
urbanos.**

**(El caso del Parc de Les Planes  
de L'Hospitalet de Llobregat - Barcelona)**

Tesis para optar al título de Doctora en  
Antropología Social

Doctoranda: Martha Cecilia Cedeño Pérez

Director de Tesis: Dr. Manuel Delgado Ruiz

**Departamento de Antropología Cultural e Historia de  
América y África  
Facultad de Geografía e Historia  
Programa de Doctorado en Antropología del Espacio y  
el Territorio (1999-2001)  
Universidad de Barcelona  
Barcelona, noviembre de 2005**

***A Luna del Mar,***

*Dulce habitante de mis días  
y mis palabras*

## **AGRADECIMIENTOS**

No hubiese podido llegar al final de este recorrido -que en verdad es el principio- si no hubiese contado con el apoyo incondicional de unos seres estupendos que desde los afectos más profundos, desde la amistad y la complicidad personal e intelectual siempre me acompañaron.

A Juan Carlos y Luna del Mar por el aliento constante, por la sonrisa plena, por entender los silencios, las tardes de ausencia, los insomnios y convivir una temporada en una barahúnda de hojas y libros dispersos. A Alirio y Lina, mis padres, y Mariela y Lina María, mis hermanas, por la palabra oportuna y cálida desde la distancia.

A Manuel Delgado por su espléndidez, por sus orientaciones a tiempo, por su ánimo constante y por persistir pese a mis largas temporadas de silencio. Ésta también es su obra.

A Pilar Osorio, Pilar Larramona, Gabriela de la Peña y Helena Casanovas, por su amistad, su compañía, su solidaridad y por compartir conmigo desde sus circunstancias particulares este proceso.

## INTRODUCCIÓN

¿Son los parques públicos urbanos algo más que espacios concebidos para el ocio y la contemplación? ¿Son los oasis de tranquilidad, luz y oxígeno puro con los que sueñan sus diseñadores? ¿Qué cosas subyacen en sus caminos, bancos, plazoletas, espacios infantiles, zonas arboladas? ¿Cómo funciona esa clase de lugares? Y, por lo tanto, ¿qué tipo de vida surge y se desarrolla allí para que pueda ser abordada por y desde la antropología? Esas fueron algunas de las preguntas con las que se inició, en el invierno de 2000, este proceso de investigación sobre un parque público urbano; y son las mismas que hoy, casi seis años después, sobrevuelan este trabajo que no pretende dar respuestas definitivas, sino más bien contribuir al establecimiento de caminos que permitan la exploración de espacios públicos concretos, invirtiendo en ellos los elementos teóricos y las experiencias metodológicas aportados por quienes antes ensayaron el estudio de la ciudad y la vida urbana.

A la hora de hacer una genealogía de cómo llegué a lo que luego sería el objeto de este trabajo de investigación, mi interés por el asunto, cabe mencionar que desde hacía tiempo tenía interés por abordar algunos aspectos de la vida urbana. De hecho, antes de inscribirme en el Doctorado en Antropología del Espacio y del Territorio de la Universidad de Barcelona en el curso 1999-2001 había realizado algunos estudios sobre el tema de las migraciones internas en Colombia (el desplazamiento de personas del campo a la ciudad, fundamentalmente a causa de la violencia política); sobre las manifestaciones culturales y folclóricas más relevantes dentro de un contexto urbano específico (una ciudad intermedia colombiana de 300.000 habitantes), y también sobre las imágenes y memorias de la ciudad, motivada por las sugerencias de Lynch, Barthes, Bachelard y Calvino. Así que existía un interés marcado por abordar aspectos de la vida real en la ciudad, alentada quizá por ese acercamiento a la microhistoria, que se convirtió en un camino para adentrarse en lo particular, en lo aparentemente insignificante pero pleno de sentido; pese a ello, en el momento de comenzar mi recorrido por los estudios de tercer ciclo aún prevalecía mi preferencia por temáticas más ortodoxas, menos “problemáticas” metodológicamente hablando y con perfiles más definidos. Cuestión que se dirimió definitivamente a favor de lo pequeño y el

detalle cuando tuve la oportunidad de introducirme en el ámbito de una etnografía de los espacios públicos más cercana al carácter de equilibrio inestable (*instable equilibrium*), en palabras de Park, que caracteriza la ciudad y la vida urbana. De lo que se trató entonces fue de dar carne y cuerpo a una búsqueda que empezó con un acercamiento tembloroso a un objeto que en un principio se antojaba ambiguo no sólo por sus mismas características morfológicas, sino porque en sí mismo no parecía ser un elemento lo suficientemente importante para acometer una investigación sobre el uso de los espacios públicos. Cuestión que se entiende si se tiene en cuenta la preferencia que la antropología y las ciencias sociales en general aún mantienen por temas sino grandilocuentes, sí con niveles de repercusión más amplio, donde pareciera más posible una explicación e interpretación general de los fenómenos sociales.

En un principio, la investigadora pensó en asomarse a un objeto de estudio que estuviese más cerca de lo que se entiende que es el centro urbano de una ciudad europea, en que el movimiento humano fuera si no más perceptible a simple vista, sí más concentrado, más denso, y en que pudieran apreciarse los elementos que caracterizan los flujos peatonales en lugares públicos céntricos: la velocidad de lo que Goffman llama las “unidades vehiculares”, que en términos generales se espera que sea uniforme (el movimiento inercial de los caminantes) y, por otro lado, a la liquidez-facilidad de los desplazamientos, es decir, la no obstrucción de los flujos; algo así como un río siempre caudaloso y por tanto con una corriente permanente de aguas, que, llevado al terreno urbano, sería una plaza principal o una calle constantemente transitada. En esos tanteos para definir el objeto que me interesaba abordar tuve la oportunidad de hacer algunos ejercicios de acercamiento a ciertas calles y plazas. Una de ellas fue la esquina de El Corte Inglés entre la Diagonal y la Gran Vía de Carles III, en el barrio barcelonés de Les Corts. Dos motivos me llevaron a detener mi atención en ese lugar, la agitación humana que ante mis ojos de extranjera-recién-llegada era sugerente, y poner en práctica algunos elementos de la observación flotante vistos en las clases de Doctorado, aparte de que era un lugar muy próximo a mi residencia de entonces. El otro ejercicio tuvo como objetivo una esquina diferente de El Corte Inglés, en este caso en paseo de Gràcia-Ronda Sant Pere, en la plaza de

Catalunya, como parte de un ejercicio para la clase de Etnografía de los espacios públicos. Y el último, antes de decidirme por el parque, fue una placita en L'Hospitalet, mi lugar de residencia. Esos primeros acercamientos me permitieron explorar tales terrenos con una metodología hasta entonces desconocida para mí: la observación *in situ* de cosas que pasan ante los ojos sin una conexión aparente, es decir, como una sucesión de acontecimientos diversos que difícilmente puede ser captada en toda su amplitud.

Esas experiencias se fueron traduciendo en la inquietud por aproximarme a otra clase de espacio público, a uno de aquellos en los que los tránsitos son relativamente más lentos y escasos y en donde, en apariencia, no sucede nada “importante”.<sup>1</sup> En el seno de esta encrucijada (que bien podría remitir a otras relaciones como las de centro/periferia, velocidad/lentitud, tránsito/paseo, adentro/afuera, etc.), fueron adquiriendo importancia algunos elementos “colaterales”, como la cercanía, la posibilidad de desplazamientos continuos y frecuentes, y, porqué no decirlo, la facilidad de acceso al lugar en estudio.<sup>2</sup>

Así que, a la curiosidad natural por escudriñar la calle en general, se sumó aquella relacionada con la observación de las “formas de vida” de otros espacios periféricos (no por su ubicación geográfica, sino porque no constituyen lugares centrales ciudadanos) como los parques públicos urbanos, vistos más allá de su carácter de espacios diseñados y construidos para fines específicos. Se tenía claro además que en esos lugares se pueden encontrar usos y prácticas distintas a las previstas en los elementos materiales trazados por sus constructores, pues el parque, como cualquier lugar público urbano, trasciende la formalización urbanística encaminada a rediseñar y “mejorar” el paisaje y se convierte en un espacio con vida propia que escapa a cualquier intento de organización ajeno a su propios movimientos internos. Como se

---

<sup>1</sup> Pero, ¿qué es “lo importante” en la vida cotidiana en los espacios de una gran ciudad, incluyendo la que transcurre en un parque público cualquiera?

<sup>2</sup> Podría resultar redundante hablar de “facilidad de acceso” a un espacio público, pues se supone que lo que lo define en tanto que “público” es justamente que es accesible a todos y a todas. Me refiero sobre todo a un “acceso sin dificultades” no de índole material, como podría ser la forma de llegar y estar en él, sino a esas condiciones profilácticas que permiten los tránsitos por un lugar con seguridades mínimas que garanticen los desplazamientos sin irrupciones indeseadas o indeseables. Irrupciones que podrían ir desde formas simples de vulneración del espacio personal que den pie a situaciones molestas, hasta otra clase de eventos que podrían poner en peligro la integridad personal de quien lo investiga o simplemente lo usa.

sabe, en el ámbito de los espacios públicos existe una clara discordancia entre los proyectos de los planificadores de espacios y la utilización real de éstos; los urbanistas se preocupan por proyectar y desarrollar un espacio racional, legible, esbozando de antemano los usos para los cuales se construye, pero otra cosa son las prácticas reales de uso y ocupación de esos mismos espacios; por ello, la inscripción real constituye el objetivo fundamental y específico de la práctica del urbanista. Y justamente esas inscripciones reales o, mejor dicho, su búsqueda y descubrimiento, constituye uno de los puntos sobre los cuales se asienta este trabajo de investigación.

A esa justificación un tanto ontológica se añadió la certeza de que, pese a que existen trabajos modélicos en torno a la vida urbana<sup>3</sup>, hay muy pocos en nuestro medio que se interesen por dar cuenta de esa heterogeneidad extrema (de acciones y actores) que se aprecia en un espacio urbano real, como lo es un parque público.<sup>4</sup> Se trataba, por ello, de sumergirse en un espacio sensible de múltiples texturas, no para hacer una evaluación de su diseño y mostrar su funcionalidad o no, ni para hacer un recuento de los usos y usuarios y de las prestaciones sociales que puede brindar, sino para vislumbrar esas articulaciones en las formas de hacer que le convierten en espacio pleno ya no

---

<sup>3</sup> La calle y sus formas de vida han sido temas recurrentes de investigación de diversas disciplinas del conocimiento; sin embargo, el enfoque que nos interesa se empieza a gestar de una manera intuitiva en autores literarios como Baudelaire o Poe y, desde las ciencias sociales con Simmel y posteriormente con la Escuela de Chicago y otras vertientes surgidas a partir de esos primeros intentos sistemáticos por entender la vida urbana, sobre los cuales se volverá más adelante.

<sup>4</sup> De los diferentes ensayos de etnografía de espacios públicos que han servido de referentes para el presente estudio se irá dando cuenta en páginas sucesivas. Cabe, no obstante, mencionar aquí los que han resultado de la línea de investigación en Espacio y Territorio que ha coordinado el profesor Manuel Delgado en el marco del Doctorado en Antropología Social en el Departament d'Antropologia Social de la universitat de Barcelona. Entre otros, y por mencionar sólo los que han sido objeto de publicación: Gabriela de la Peña, "Copresencia y visibilidades en juego: la Plaza Catalunya en Barcelona", en J.I. Homobono y J. A. Rubio-Ardanaz (eds), *Las Culturas de la Ciudad*, Eusko Ikazkuntza, Donostia, 2003, vol. I, pp. 487-511; "La frontera es el encuentro. Un ejercicio de observación flotante en la Plaza de Cataluña de Barcelona", *Sincronía*, verano 2002; Rodrigo Herrera Ojeda, "Las calles como espacios públicos." *Las culturas de la ciudad*, pp. 513-528; Joan Uribe, "Velocidad liminar. La velocidad, una estrategia para la producción de emergencia irruptivas", *Actas 9é Congrès d'Antropologia*, Institut CATALA d'Antropologia, Barcelona, 2002; Maria Pilar Larramona, "Recorrer Sants a través de la memoria: del recuerdo oficial a la memoria cotidiana en sus espacios públicos", *Actas 9é Congrès...*; Martha Cecilia Cedeño, "Usos y prácticas sociales en un parque público. El caso del parque Metropolitano de Les Planes de L'Hospitalet de Llobregat – Barcelona", *Las culturas de la ciudad*, pp. 545-566; "Relaciones, prácticas y tránsitos cotidianos en un parque público urbano", *Hojas Universitarias*, no. 54, pp. 44-55. Entre los trabajos de investigación de esta línea todavía inéditos, pero que han tenido peso como modelos para el presente estudio, cito el de Isaac Marrero, *El espacio público desde los márgenes, una etnografía del centro comercial L'illa Diagonal*, Trabajo de investigación de 2do. Año de Doctorado, Departament d'Antropologia Social, Universitat de Barcelona, junio de 2004.

de objetos sino de relaciones sociales, algunas efímeras y resueltas sobre la marcha y otras con unos niveles de ralentización mayor. En esas condiciones, el Parc de Les Planes parecía un objeto de estudio interesante para empezar la observación de esa realidad urbana, cuyos trazos se advirtieron complejos desde el primer momento de la exploración-acercamiento, puesto que se trata de uno de los de mayor superficie en L'Hospitalet de Llobregat, una de las grandes ciudades que constituyen la conurbación de Barcelona. Construido en la década de los años 80, su extensión, ubicación y estructura formal le convierten en un conector importante entre los distintos barrios que lo envuelven. Estas características y el hecho de permanecer siempre abierto –no tiene horarios establecidos para su uso-, le confieren un aire de disponibilidad interesante y sugieren una multiplicidad de usos, de especulaciones prácticas y utilitarias.

Por otro lado, se tenía claro que el asunto de los parques como escenario de la vida urbana no era completamente desconocido, pues ya Jane Jacobs, en uno de sus trabajos más célebres, traza de ellos un perfil que subraya justo su naturaleza dinámica, al considerarlos no entidades abstractas ni dispensas de virtud y elevación moral, sino lugares tan reales y eventualmente problemáticos como pueden serlo las aceras de las calles.<sup>5</sup> Con ello se desmitifica su imagen profiláctica y salvadora, llevada a sus últimas consecuencias en el siglo pasado, y se va más allá para situarlos como objetos concretos cuya naturaleza abierta, además de imprimirles unas características singulares, les convierte en un escenario de potencialidades, ya no porque allí puede suceder cualquier cosa (o más bien a pesar de ello), sino porque en esencia es *lo que sucede, lo que pasa*, lo que allí surge con frecuencia de forma inesperada y a veces intempestiva. Tal premisa comporta visualizar dichos lugares no como objetos materiales acabados sino como espacios en constante movimiento y transformación, concibiéndolos como territorios verdes libres, ubicadas en sectores de características socioculturales específicas, en cuyo diseño la naturaleza, el paisaje y las áreas pavimentadas se suelen combinar para facilitar la variedad de usos, de tránsitos y de interacciones sociales. Dichos lugares suelen estar ubicados por lo regular en zonas interfrontera, es decir, en comarcas donde confluyen varios sectores de la

---

<sup>5</sup>Jane Jacobs, *Muerte y vida de las grandes ciudades*, 2da. edición, Península, Barcelona, 1973

ciudad, lo cual les convierte al tiempo en importantes puentes de comunicación y en separadores entre sectores urbanos. En principio son espacios potenciales en el sentido de que es una superficie sobre la cual se inscribe una variedad inusitada de usos y prácticas llevadas a cabo por igual diversidad de usuarios y usuarias. En resumen, un parque público puede ser muchas cosas, pero, sobre todo, es contemplado aquí como un lugar para el acontecimiento, para la ocasión, para las fugas y las manifestaciones de la vida cotidiana.

En últimas, todos esos elementos apuntaban hacia un trabajo investigativo de fuerte carácter empírico: descubrir cómo en un parque público concreto surgen y se desarrollan formas vitales específicas que podrían estar marcadas por dinámicas de transversalidad en los usos y, en consecuencia, por una multiplicidad de relaciones y sentidos. Así que era imprescindible partir de algunos cuestionamientos básicos que pudieran contribuir al desvelamiento de los hilos con los cuales se teje la vida visible de dicho parque, que podrían dar cuenta de su naturaleza polivalente y diversa y que se relacionan con lo que ocurre cotidianamente allí, con quiénes y cómo lo usan, lo transitan, lo recrean; con las formas de vida singulares que en él se pueden originar y visualizar.

Al margen de esas consideraciones generales que justificaban la aproximación antropológica a dicho parque, se añadía un elemento importante relacionado con el carácter exótico del objeto de estudio desde el punto de vista de la investigadora. Ese exotismo se entiende si se tiene en cuenta que, quien explora esa realidad específica, es una extranjera con la distancia suficiente para acercarse a los modos de hacer de unos “nativos” o “indígenas” desde una posición de extrañamiento. Posición que si bien es sin duda pertinente, pues permite cumplir con uno de los requisitos tradicionales del trabajo antropológico, también implica un doble esfuerzo de quien investiga. Por un lado hace necesaria la búsqueda y apropiación de elementos que permitan una mimesis con el entorno para llevar a cabo el trabajo de campo sin tropiezos y que se traduce en la destreza para desenvolverse en los contextos, el manejo de las situaciones y de las expresiones corporales, la “normalidad” de la fachada, el “saber estar”, etc. Y, por el otro, obliga a la investigadora a vivir en una constante demostración de intenciones, pues parece que su

condición de “extraña” y reincidente en el mismo escenario, la convierten inmediatamente en objeto de miradas y atenciones indeseadas.<sup>6</sup> En el fondo de todo lo que parece existir es una dificultad enorme de ciertas personas catalogadas a partir de atributos denegatorios a pasar desapercibidas, a que no se les reconozca ese derecho a la indiferencia que, en teoría, debería hacer de los espacios públicos escenarios para la igualdad democrática. Así que, en este caso, los “inmigrantes”, como lo era de manera ostensible la propia investigadora, se ven más abocados que otras personas a ser inmediatamente reconocidos, identificados, lo que de lleno los coloca en una desventaja casi insalvable frente a los demás: ellos (quienes reciben como etiqueta la denominación de origen “inmigrante”) tienen un rostro, una piel, una forma de hablar y de comportarse que les convierten en “diferentes”.

En ese orden de cosas, resulta un tanto paradójico que una “inmigrante” deje de ser objeto de estudio y se convierta ella misma en una investigadora de fenómenos que ocurren en un medio donde es una forastera, una extraña que se acerca desde la distancia para aprehender un mundo del cual, de alguna manera, ya hace parte. Este hecho sin embargo, como se sabe bien, parece ser también una cuestión *sine quanon* al trabajo antropológico, al menos desde Malinowski. Si se piensa, los antropólogos que procuran seguir el modelo etnográfico clásico no dejan de ser advenedizos en las comunidades que estudian. He ahí un asunto en torno al cual reflexionar: la evidencia de que todo etnógrafo en contextos exóticos se comporta como un inmigrante –lo es sin duda, puesto que ha llegado de fuera a incorporarse al grupo humano que pretende estudiar–, del mismo modo que todo inmigrante es, de alguna manera, un etnógrafo, alguien que estudia aquellos con quienes habrá de convivir y de los que espera que le acepten, con el fin de establecer comparaciones interculturales y descubrir nexos, regularidades, sincronías, maneras de comprender mundos socioculturales diferentes pero siempre de algún modo parecidos.<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> A esta condición de “inmigrante” habría que sumar la de mujer, pues como se sabe, pese al supuesto carácter abierto de los espacios públicos aún parece imposible para las mujeres solas transitar por él sin sobresaltos y con el derecho de cualquier persona a pasar desapercibida, de preservar su anonimato. Volveré luego sobre este asunto.

<sup>7</sup> En ese sentido, me remito a trabajos propios, como “Neiva: vida cultural urbana, popular y folclórica” y “Del pueblo a la capital”, en *Neiva al filo del milenio. Historias de Conquista*,

Dejando de lado esos planteamientos, y retomando las motivaciones generales de la investigación, cabe destacar que se tenía plena conciencia de que son las inscripciones reales las que conforman un espacio público cualquiera, o más bien las que, desde dentro, lo construyen. Y ello significaba que el parque en estudio, como cualquier otro espacio de naturaleza semejante, se podría convertir en un lugar donde los límites materiales se diluyen y desaparecen o se marcan constantemente unos nuevos mediante la costumbre y los usos. Pero también que puede haber otra serie de prácticas como aquellas provocadas por los tiempos que se mezclan, se acortan o se prolongan para ofrecer el paisaje de lo cotidiano, de la actividad que se dispersa o aglutina en función de las horas, las estaciones o el tiempo personal de quien solo lo cruza con prisa para ir a algún sitio o de quien lo emplea poniendo el acento en otras actividades. Estas inscripciones están determinadas también por elementos sensibles, como los sonidos, la disposición del mobiliario, los caminos y plataformas, las percepciones olfativas, la iluminación, etc. Allí se inscribe el tiempo cronológico, el tiempo climático y el tiempo circular de los usos, en una perfecta combinación de sentidos, para subvertir la estructura lineal del espacio construido. Esta mirada, sin embargo, es sólo una de las muchas que se pueden hacer a un lugar de esas características, determinado entre otras cosas por el hecho de ser un espacio ambiguo de encuentro y de tránsito; de comunicación y frontera; de recreación y peligro, y por estar inmerso dentro de sectores densamente poblados cuyas realidades se intuyen complejas y contradictorias y, en cierta medida, reflejadas en el cúmulo de interacciones y eventos que allí surgen y se visualizan.

Se decía arriba que, al principio, cuando se decidió abordar el parque en mención para estudiar los movimientos la vida urbana, se hizo de una manera

---

*Colonización e Identidad*, Academia Huilense de Historia, Kimpres Ltda., Bogotá. Neiva, 1993; si bien están insertos dentro de distintos escenarios socioculturales, permiten aproximaciones y sugerencias para entender otras realidades; lo mismo ocurre con *Lugares de Memoria e imágenes de ciudad: apuntes para recuperar aspectos de la memoria popular de Neiva*, Tesina presentada para optar al título de Magíster en Educación por el Arte y Animación Socio-cultural, Ciudad de la Habana, Cuba, 1999, que, pese a ser una aproximación a la ciudad desde una perspectiva distinta a la que recorre este trabajo, permite encontrar esas relaciones entre algunos modos de hacer de actores distanciados geográfica y culturalmente, pero cuyas prácticas en los escenarios urbanos no parecen ser muy distintas entre sí.

*temblorosa*, alegoría que sirve para mostrar por un lado esa ambigüedad de la cual se hablaba antes, relacionada con el tema y el objeto de estudio y, por otro, con la incertidumbre constante en la que se encuentran los investigadores e investigadoras a la hora de abordar tópicos que, por su misma condición de estructuras poco solidificadas, hacen inviable la utilización de herramientas metodológicas perfectamente definidas. Ese dilema marca un trabajo dentro de un terreno -el de los espacios públicos- que, como se acaba de recordar, aunque no es completamente novedoso, sí obliga a la búsqueda de estrategias que permitan captar las acciones y movimientos extremadamente diversos y con frecuencia imprevisibles que en él se registran. Así que, como se verá más adelante, el camino metodológico que marca este trabajo es básicamente el de una etnografía de la vida urbana *in situ*, que remite a una observación de las minucias, de las circunstancias menores, de todo aquello que a simple vista puede resultar obvio y por ello mismo intrascendente, lo que en una importante película documental se titulaba “incidentes microculturales”.<sup>8</sup> Una etnografía con los cinco sentidos, pero sobre todo con la preeminencia del ojo -como en el trabajo antropológico clásico-, órgano sobre el cual reposa la mayor parte del trabajo de campo. Un ojo que planea, vigila, sobrevuela; que se esconde, penetra, interactúa; que abarca, disecciona, amplía; un ojo que participa, intuye, fluye; un ojo que palpa el movimiento de la vida social en el mismo lugar de los acontecimientos.

Con esas consideraciones preliminares en torno al objeto de conocimiento y las formas de aprehenderlo, se definieron las bases de un proceso de investigación pleno de movimientos pendulares, de puntos álgidos y de caídas, de reiteraciones, de trazos circulares. Cuestiones que hacen referencia a las circunstancias en las que se realiza el trabajo de investigación, relacionados, por un lado, con las constantes vueltas de la empiria a la teoría y de la teoría a la práctica; con la búsqueda y puesta en uso de instrumentos apropiados para capturar ese mundo que interesa explorar; y por supuesto, con las circunstancias particulares de quien investiga. Todo lo cual podría hacer

---

<sup>8</sup> Me refiero a *Microcultural Incidents in Ten Zoos*, uno de los documentales etnográficos de Ray L. Birdwhistell (1971), en que se reflejaba el microuniverso de los intercambios sociales segundo a segundo, a través de las actitudes de diferentes familias que se detenían ante el espacio de los elefantes de los zoológicos de ciudades como París, Roma, Hong-Kong, San Francisco, Tokio, Filadelfia, etc.

mención en definitiva a que -como escribiera un insigne padre de la sociología no lo suficientemente recordado- esa compleja “relación entre un sujeto y un objeto, no es más que una percepción que no se asemeja en nada a la cosa percibida y que autoriza, por esta causa, al escéptico idealista a poner en duda esta realidad (...); el sujeto que percibe se refleja y éste no puede negarlo sin negarse así mismo...”<sup>9</sup>

En los párrafos anteriores se enunciaron algunos elementos que de una manera u otra constituyen la base de esta investigación. Uno de ellos hace alusión a su carácter altamente empírico que implica, por fuerza, el reconocimiento deliberado de una forma de aproximación específica que no parte de unos presupuestos teóricos o unos protocolos de formalización fijos, sino de la misma naturaleza cambiante e inestable del objeto de estudio. Desde esa perspectiva queda clara la asunción de una metodología de corte naturalista y experimental que se convierte en el instrumento básico de acercamiento a una realidad marcada por cambios y movimientos y que se reclama modesta heredera de la gran tradición de la etnografía realista clásica, tanto la de temática “exótica” como la que singularizara los primeros trabajos de etnografía urbana debidos a la Escuela de Chicago.

---

<sup>9</sup> Gabriel Tarde, *Estudios sociológicos, Las leyes sociales de la sociología*, Ediciones Alessandri, Córdoba, 1961, p. 34.

## I. LA VIDA URBANA PENSADA: ALGUNOS ELEMENTOS TEÓRICOS

“...Calles sonoras, inundadas de luces blancas como ginebra, amarillas como Whisky, efervescentes como sidras”. (J. Dos Passos, *Manhattan Transfer*)

En principio, el regreso a la teoría después de estar un tiempo en el mundo empírico es un trabajo de domesticación problemático, que hace necesaria una buena dosis de tenacidad y paciencia para volver sobre las relaciones que otros ya han encontrado con menor o mayor éxito. Esa obsesión por hallar nuevos hilos conductores a la luz de los cuales se pueda comprender una problemática concreta es un proceso contradictorio y casi siempre infructuoso. Hay mucho de orfebrería en esa voluntad -racional y creadora a la vez- de malear unos elementos que parecen brillar con luz propia y que a veces escapan a toda intención de formalizarlos. En esos casos el producto final no es una joya exclusiva, ni siquiera una recreación expuesta en cualquier escaparate de barrio, sino una pieza más dentro de un mar de piezas similares ¿Alguien encontrará un brillo, una textura o una intención oculta en su contorno? No se sabe. Igual pasa con este intento por asir lo inasible, por escudriñar entre las palabras -más bien conceptos, representaciones, ideas, divagaciones- con el ánimo de comprender lo que se oculta en las artimañas del lenguaje, la mayoría de las veces incompetente e incapaz para percibir lo que está afuera, en la complejidad de la realidad. Las conductas obsesivas de quien investiga están ahí, intentando conciliar dos mundos que a veces parecen ser perfectamente irreconciliables. Después de esto sólo queda empezar aún a sabiendas de que al final todo empeño, por denodado que sea, puede resultar vano.

### **1. Desglose primero: la ciudad no es sólo un constructo formal, un objeto, sino una forma de vida**

Esta idea no tiene la intención de reducir las posibles significaciones de la urbe sino más bien encauzar una problemática que si bien no es nueva, es la que más se aproxima a la intención referencial de esta parte de la investigación: ¿Qué se puede considerar como “vida urbana”? Los teóricos de la Escuela de Chicago de los años 20 y 30 han marcado quizá un hito en el

estudio de la ciudad y esas formas sociales singulares que en ella se pueden percibir. Pero ellos no partieron de cero.<sup>10</sup> Antes Georg Simmel había desarrollado un trabajo casi silencioso en Alemania intentando esbozar los argumentos de una sociología que diera cuenta también de esas agitaciones visibles en las grandes urbes y es poco lo que se puede decir que no se sepa ya con respecto a la importancia de sus hallazgos, su incidencia y vigencia para explicar la vida que surge en las ciudades. Gabriel Tarde también ha sido evocado como precursor de unas ciencias sociales de esa inestabilidad crónica que caracteriza la vida urbana.<sup>11</sup> Luego, Park, Thomas, Burgess, Thrasher, Wirth y los demás chicaguianos hicieron una serie de aportes valiosísimos sin los cuales hoy no se podrían comprender algunos fenómenos propios de las sociedades urbanícolas. Sin embargo, se les critica un cierto determinismo en su visión acerca de la forma en que las urbes como Chicago estaban condenadas a mantener relaciones de marginación hacia los sectores más desfavorecidos, quizá por su misma concepción de desarrollo de la ciudad a partir de la competitividad ecológica propia del darwinismo social en que se inspiraban. Pero eso no es lo que interesa en este intento de enmarcar ciertas perspectivas. Lo verdaderamente importante es que a partir de trabajos como los de aquellos primeros discípulos de William H. Thomas en Chicago se empiezan a desmadejar nociones fundamentales que contribuyen a la comprensión de ese fenómeno social urbano, en especial por lo que hace a singularidades y regularidades visibles en el comportamiento de las personas en el medio citadino:

---

<sup>10</sup> No interesa aquí elaborar una reseña pormenorizada de este proceso teórico, pues el propósito básico es mostrar esos puntos sustanciales que se avengan a reforzar la argumentación general de esta investigación. Además, contamos con obras que presentan ese recorrido de una manera sistemática y clara, como, entre otros, los de Ulf Hannerz, *Exploración de la ciudad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986; Gianfranco Bettin, *Los sociólogos de la ciudad*, Gustavo Gili, Barcelona, 1982; Jean Remy y Liliane Voyé, *La ciudad y la urbanización*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1976.

<sup>11</sup> Isaac Joseph elabora una analogía interesante entre algunos presupuestos teóricos sobre el público y la muchedumbre desarrollados por Gabriel Tarde en su psicología social y los trazados por Park en su artículo "The Crowd and the Public", sobre la dimensión efímera de las conductas colectivas. Allí muestra algunos rasgos coincidentes de los dos estudiosos a la hora de comprender ciertos comportamientos sociales en marcos urbanos. Véase "Tarde avec Park. A quoi servent les foules?", 2001, [http://multitudes.samizdat.net/article.php3?id\\_article=76](http://multitudes.samizdat.net/article.php3?id_article=76)

Gran parte de los habitantes de la ciudad, incluidos aquellos que viven en viviendas populares y apartamentos (...) se cruzan, pero no se conocen entre ellos (...) Esto permite a los individuos pasar rápidamente y fácilmente de un ambiente moral a otro, y alienta el fascinante aunque peligroso experimento de vivir al mismo tiempo en mundos diversos contiguos y sin embargo completamente separados. Todo ello tiende a conferir a la vida ciudadana un carácter superficial y casual, a complicar las relaciones sociales y producir nuevos y divergentes tipos de individuos...<sup>12</sup>

La ciudad no sólo hace posible que distintas personas tengan a la vez distintas relaciones, sino que éstas posean un carácter de extrañamiento, superficialidad y transitoriedad. Esa idea de la dislocación y heterogeneidad en las relaciones sociales urbanas, tema recurrente en Park, es sin duda una deuda con algunos trabajos de Simmel, que años antes había percibido cómo en la ciudad se daba una “acrecentación de la vida nerviosa”, una excitación de los sentidos -especialmente de la vista, como se verá más adelante- producto de la sobreexposición a estímulos de toda laya a que se ven sometidos los habitantes de la urbe. En esas condiciones de lo que podríamos llamar irritación anímica surgen ciertos comportamientos y actitudes propias de la vida en la metrópoli que son justamente las que permiten vivir en ella sin sobresaltos mayores, pues...

... Si al contacto constantemente externo con innumerables personas debieran responder tantas reacciones internas como en la pequeña ciudad, en la que se conoce a todo el mundo con el que uno se tropieza y se tiene una relación positiva con cada uno, entonces uno se atomizaría internamente por completo y caería en una constitución anímica inimaginable. En parte esta circunstancia psicológica, en parte el derecho a la desconfianza que tenemos frente a los elementos de la vida de la gran ciudad que nos rozan ligeramente en efímero contacto, nos obligan a esta reserva, a consecuencia de la cual a menudo ni siquiera conocemos de vista a vecinos de años y que tan a menudo nos hace parecer a los ojos de los habitantes de las ciudades pequeñas como fríos y sin sentimientos.<sup>13</sup>

---

<sup>12</sup> Robert E. Park, “The city: suggestions for the investigation of human behavior in the urban environment”, en *The city: suggestions for the investigation of human behavior in the urban environment*, Midway Reprint, pp. 40-41. Sobre este tema véase también Hannerz, *Exploración de la ciudad*, pp. 35-37

<sup>13</sup> Georg Simmel, “Las grandes urbes y la vida del espíritu”, en *El individuo y la libertad*, Península, 2da. Edición, Barcelona, 1998, p. 253

Esa combinación entre proximidad y distanciamiento marca de manera importante el carácter del urbanita sobre el cual Simmel desvela dos actitudes fundamentales que son internalizadas por aquél: la actitud *blasé* y la reserva. La actitud *blasé* (de indiferencia o desgano frente a las cosas) es la respuesta del individuo a la rapidez y las contradicciones de la estimulación nerviosa y está asentada en la relación de los sujetos con los objetos. La reserva es necesaria para sobrellevar el anonimato de la calle, constituyéndose también en la base para la libertad del individuo, puesto, asentada dentro de las relaciones entre los sujetos, consiste básicamente no en ocultar las identidades sino más bien en disimularlas, en mantenerlas protegidas en todo momento por una especie de película que permita salir airoso de las situaciones comprometidas que puedan sobrevenir en la calle. El hombre y la mujer metropolitanos aspiran en principio, en efecto, a ser tomados por lo que pretenden parecer y eso garantiza al menos en la teoría que, cuando se cruzan con alguien por la calle, se reserven el derecho de mostrarse como realmente consideran que son; en eso radica la fuerza de su libertad. Esto no significa que los urbanitas no experimenten todos los matices de la vida emocional, pero se escamotean a la atención ajena. Esas actitudes corresponden a la “inatención de urbanidad” de la que habla Goffman, aquel mecanismo conductual que hace posible las relaciones en público y que también deja traducir la confirmación de una confianza mutua basada en una política de la cortesía y la indiferencia.<sup>14</sup>

En ese sentido la figura del extranjero simmeleano reflejaría muy bien la esencia de la vida urbana, sobre todo en lo que se refiere a la movilidad, a esa relación de distancia/proximidad que, por otra parte, se podría interpretar también como una metáfora de la modernidad, pues ésta se enraíza y se

---

<sup>14</sup> La inatención de urbanidad “consiste en mostrarle al otro que se lo ha visto y que se está atento a su presencia (él mismo debe hacer lo propio) y, un instante más tarde, distraer la atención para hacerle comprender que no es objeto de una curiosidad o de una intención particular. Al hacer este gesto de cortesía visual, la mirada del primero puede cruzarse con la del otro, sin por ello autorizarse un ‘reconocimiento’. Cuando el intercambio se desarrolla en la calle, entre dos transeúntes, la inatención de urbanidad toma a veces la siguiente forma: miramos al otro a dos metros aproximadamente; durante ese tiempo, se reparten por gestos los dos costados de la calle, luego se bajan los ojos en el momento en que el otro pasa, como si se tratara de un intercambio de semáforos. Éste es, probablemente, el menor de los rituales interpersonales, pero el que regula constantemente nuestros intercambios en sociedad”. Goffman en Isaac Joseph, *Erving Goffman y la microsociología*, Gedisa, Barcelona, 1999, p. 77-78

relaciona fuertemente con la vida metropolitana. El extranjero es “el emigrante en potencia, que, aunque se haya detenido, no se ha asentado completamente”,<sup>15</sup> de ahí que su esencia sea “movible, entra ocasionalmente en contacto con todos los elementos del grupo, pero no se liga orgánicamente a ninguno por la fijeza del parentesco, de la localidad o la profesión”. Es, en cierto modo, un ser que, aunque percible, es inasible, o mejor, incalificable dentro de unos parámetros dados, pues es “más que un tipo social que pudiera circunscribirse de una vez por todas (...) es una forma de socialidad misma como relación más allá del vagabundeo”.<sup>16</sup> Está ahí, pero de algún modo pertenece al afuera. Es su carácter ambiguo lo que le permite desplazarse con soltura por las distintas superficies de la ciudad; son el urbanita y la urbanita avezados en el arte de los tránsitos y las interacciones efímeras, que no pierden la coraza que los resguarda del tumulto y las miradas de los demás y que los mantiene en todo momento a una prudente distancia en la proximidad física que impone el hecho de compartir un espacio altamente denso. Así, el extranjero es el ciudadano por excelencia en una doble acepción: representa una experiencia compartida de esos trazos de vida urbana, pero también es una individualidad excepcional que acumula y particulariza esas experiencias urbanas.<sup>17</sup>

Es también el *flâneur* de Baudelaire que surge en el París decimonónico y que Benjamín recuperó para mostrar ese carácter ambiguo y perspicaz del paseante que se desplaza con liquidez por las calles de la ciudad;<sup>18</sup> paseante que se convierte en voyeurista del espectáculo de la calle, observando su movimiento incesante y confundiéndose entre la multitud sin despertar sospechas, justamente porque conoce como nadie el arte de la representación y la máscara.<sup>19</sup> Se mueve a través de calles, plazas, arcadas experimentando

---

<sup>15</sup>Georg Simmel, *Sociología 2. Estudios sobre las formas de socialización*, Revista de Occidente, Madrid, 1977, p. 716-717.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 717

<sup>17</sup> Lorenza Mondada, *Décrire la Ville. La construction des savoirs urbains dans l'interaction et dans le texte*, Anthropos, París, 2000, p. 52.

<sup>18</sup> Véanse Walter Benjamín, *Historias y relatos*, Muchnik Editores, Barcelona, 2000, y Graeme Guilloch, *Myth and Metropolis (Walter Benjamín and the City)*, Polity Press, London, 1996

<sup>19</sup> La figura del *flâneur* aún continua siendo polémica y contradictoria, y plagada de un cierto carácter etnocéntrico y sexista en el sentido de que pareciera que esa figura inaugurada por Baudelaire, y luego retomada con tanta lucidez por Benjamín, presentara una experiencia urbana exclusivamente masculina, una encarnación de la mirada del varón sobre la ciudad. Pues en el siglo XIX la mujer no tenía la misma libertad de movimientos en los espacios

en cierta medida ese mundo de significados alegóricos de las grandes ciudades; sus políticas de paseo de algún modo instauran el nacimiento de una nueva subjetividad urbana. Este *flâneur* moderno sin embargo no encuentra las connotaciones del peripatético de Sócrates, pues no busca un público que escuche sus diálogos -de hecho no tiene nada que contar, se limita a mirar-, su lucha particular parece consistir en ser uno más dentro de la muchedumbre de la calle. Es, si se quiere, un paradigma de lo que pudiera ser ese derecho a la indiferencia, a que cualquier persona pueda trasegar por donde quiera sin que se le tenga en cuenta. Ambos, el extranjero y el *flâneur*, representan en definitiva una misma cosa: un tipo de actor social que se constituye en una forma de sociabilidad emblemática de la ciudad, la personificación de un modo de ser móvil, individual, cosmopolita, excéntrico, que navega dentro de relaciones contingentes, cambiantes, transitorias y frecuentes, dentro de espacios igualmente móviles y en constante transición.

Antes de proseguir con las implicaciones de la vida en la ciudad, parece al menos sugerente hacer una digresión en torno a la manera cómo está ha sido percibida por la filosofía sin otra pretensión mayor que no sea la de mostrar esas visiones generales en torno a la misma. De hecho, en pensadores como Rousseau o Nietzsche, por citar sólo dos ejemplos, se pueden encontrar algunas alusiones literales a la vida en la ciudad, si bien desde perspectivas distintas, pero que de alguna manera aportan algunas luces para entender lo que hoy se considera como vida urbana. En sus *Carta a D'Alembert* Rousseau hace una crítica a la vida metropolitana a través del rechazo al mundo de apariencias que se da en las grandes ciudades junto con la pérdida de los sentimientos morales.<sup>20</sup> Por ello alaba la vida de los pueblos donde la gente se muestra tal como es, en una perfecta combinación con los sentimientos morales: lo uno refleja lo otro. Para entender esta posición del autor del *Emilio* es necesario tener en cuenta su percepción del declive de la cultura de los tiempos modernos, particularmente porque ésta ha sido presa del poder del

---

públicos que los hombres y aún hoy, como se sugiere en algunas partes de esta investigación, pese a la introducción definitiva de la mujer en la esfera laboral que la ha sacado de las paredes de la casa para adentrarse definitivamente en el reino público, sus tránsitos fluidos por cualquier espacio-tiempo de la ciudad constituyen, al menos en principio, una cuestión de fe. Así que la construcción de un abordaje de la ciudad desde una mirada femenina, la de la *flâneuse*, aún está en veremos.

<sup>20</sup>Jean-Jacques Rousseau, *Carta a D'Alembert*, Tecnos, Madrid, 1994.

dinero. El hombre ha perdido su estado natural y nunca puede recuperarlo. La única posibilidad para enriquecerlo consiste en un equilibrio entre el estado perdido de la naturaleza y el estado de la cultura por el otro. Tal estado de equilibrio no puede darse en los escenarios urbanos presos de la especulación económica y de la apariencia social. Solo puede ser vivido, mantenido y corporizado en un pueblo pequeño que tenga una constitución republicana y donde reine la transparencia en las relaciones sociales. Este tipo de consideración pudo tener cierta influencia en la forma como se desarrolló el urbanismo en épocas posteriores que de alguna manera se refleja en la preocupación por el tremendo crecimiento de la ciudad y por el rechazo a los daños ecológicos y las devastaciones que las ciudades industriales podrían llegar a causar. En ese sentido la *Garden City* de Howard está muy próxima a los planteamientos de Rousseau, lo mismo que la  *cité radiéuse* de Le Corbusier. Otros, como Mumford, no rechazaban ninguna institución urbana, pero si propugnaban ponerle límite al crecimiento desaforado de las ciudades pues a la larga éste significaría su declinación, su muerte.<sup>21</sup>

Nietzsche, mientras tanto, en su *Así habló Zaratustra*, de 1880, hace una crítica aguda a la metrópoli y al dinero que la corrompe.<sup>22</sup> El héroe nietzschiano circula por los alrededores de la gran ciudad evitando entrar en ella, quizá para no contaminarse con ese mundo abyecto aplastado por un signo económico que marca los cuerpos y las conciencias. “Oh, Zaratustra, aquí está la gran ciudad: aquí no tienes nada que buscar y todo que perder”<sup>23</sup> advierte el necio a Zaratustra mientras le dice, “El dios de los ejércitos no es el dios de las barras de oro; el príncipe propone pero ¡el tendero dispone! (...) escupe a la ciudad de las almas aplastadas y de los pechos estrechos, de los ojos afilados, de los dedos viscosos (...) en donde todo lo podrido, desacreditado, lascivo, sombrío, superputrefacto, ulcerado, conjurado supura todo junto...”. Y entonces Zaratustra contempla la ciudad y reflexiona: “¡Ay de esta gran ciudad! ¡Yo quisiera ver ya la columna de fuego que ha de

---

<sup>21</sup> Sobre la tradición antiurbana que se desarrolla a lo largo del siglo XIX, véase Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*, Siglo XXI, Madrid, 1988.

<sup>22</sup> Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Alianza Editorial, Madrid, 1998, p. 273

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 275

consumirla!".<sup>24</sup> Y pasa de largo. El aire corrosivo lo envuelve todo; allí los placeres y los vicios tienen su casa, y eso significaría su destrucción por eso Nietzsche saca a su héroe de la ciudad y su cultura y lo envía a la montaña donde es posible vislumbrar ese superhombre, que es la negación de Dios. Con esto se da por descartado que la modernidad pueda encontrar su origen en el reino de la metrópolis y que allí pueda surgir el hombre que se trascienda así mismo. "Donde no se puede continuar amando se debe -¡pasar de largo!".

Pero esas no son las únicas alusiones filosóficas a la vida urbana; de hecho en un interesante ensayo, Hainz Paetzold atiende a algunas de ellas - literales y metafóricas- que van de Descartes a Lefebvre, mostrando tres líneas generales a través de las cuales se conciben la ciudad y la vida urbana.<sup>25</sup> Una línea a la que se podría denominar como de rechazo a la vida en la ciudad, en donde ésta es vista como un ser superficial y siempre bajo el influjo de la mentalidad intolerante de los comerciantes (allí estarían Nietzsche, Oswald Spengler y Martin Heidegger).<sup>26</sup> Una segunda línea esbozada combina de un lado el rechazo a la gran ciudad y, del otro, una exaltación de la vida tranquila de los pueblos o ciudades pequeñas por considerar que sólo allí se puede encontrar un alto grado de transparencia en la vida social que no es posible hallar en las grandes metrópolis, línea comenzada por Rousseau y desarrollada de alguna u otra manera por Howard, Mumford y otros urbanistas contemporáneos que ven el "peligro" en que se convierte una ciudad que se sale de sus cauces. La tercera tendencia considera a la ciudad como un marco de posibilidades contradictorias, pues en el seno de una disposición plena a la utopía también puede viajar el gusano de la catástrofe. Dentro de esta tradición, la ciudad y los procesos de modernización tienen una doble faz, pues por un lado el abrupto e incontrolado proceso de urbanización produce graves consecuencias sociales y ambientales y un predominio de la ciudad sobre el campo, y, por el otro, la enorme cantidad de comodidades que se concentran dentro del espacio urbano sólo pueden ser apropiadas en su interior. Lo cual implica en principio una relación dialéctica entre ambos elementos en el seno de la vida urbana. A esta línea inaugurada de alguna manera por Marx y

---

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 277

<sup>25</sup> Heinz Paetzold, "The philosophical notion of city", (from the *City Life*), en *The city cultures readers*, Malcom Miles, Tim Hall and Lain Borden, (eds), Routledge, Londres, 2000.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 208.

Engels y Weber muchas nuevas ideas han sido añadidas, desde las Simmel o Walter Benjamín, hasta H. Lefebvre, entre otros.

Volviendo al nudo de la cuestión, los planteamientos anteriores sugieren de antemano la asunción de una noción de ciudad que supera aquella relacionada con la disposición espacial, es decir, como un mero lugar físico donde se asientan los distintos sistemas de poder y se encaminan más bien a considerarla como un modo de vida, esto es, como un espacio donde surgen y se desarrollan maneras vitales de características singulares. Y no podría ser de otra manera si se tienen en cuenta algunos rasgos fundamentales de las grandes metrópolis ligados a las nociones de dimensión, densidad y heterogeneidad, a partir de las cuales la ciudad sería una composición espacial definida por el asentamiento de un amplio conjunto de construcciones estables en la que reside una colonia humana conformada más bien por desconocidos entre sí. Ahora bien, desde la perspectiva de aquella primera ciencia social de la ciudad, ésta deja de ser un mero objeto y se convierte en una manera de vivir marcada por “la aglomeración, esto es, densidad de población, de objetos producidos y de símbolos”, que “condiciona la interacción de los individuos y de los grupos que viven en ella...”.<sup>27</sup> Esta acepción señala un punto de inflexión en el estudio de la ciudad que se sale de los marcos de esa ecología espontánea tan importante para la Escuela de Chicago y se adentra en esas formas sociales urbanas registrables que se reproducen en un contexto diverso y heterogéneo y en las que cada cual vive indefectiblemente inmerso en un mundo de extraños plagado de relaciones -nunca mejor dicho- *sobre la marcha* y por lo tanto superficiales.

Esa distinción entre ciudad y vida urbana sugerida implícitamente por Wirth, es formalizada por Henri Lefebvre, quien dilucida la primera como “una realidad presente, inmediata, dato práctico sensible, arquitectónico”, y la segunda como “una realidad social compuesta por relaciones a concebir, a construir o reconstruir”. En tal sentido la ciudad es un sitio y lo urbano “algo parecido a una ciudad efímera”, pues es ante todo “una forma radical de espacio social, escenario y producto de lo colectivo haciéndose así mismo, un

---

<sup>27</sup> Louis Wirth, “El urbanismo como forma de vida”, en M. Fernández Martorell (ed.), *Leer la ciudad*, Barcelona, Icaria, 1988. Véase también Richard Sennet, *Vida urbana e identidad personal*, Península, Barcelona, 1975, pp. 95-104

territorio desterritorializado en que no hay objetos sino relaciones diagramáticas entre objetos, bucles, nexos sometidos a un estado de excitación permanente”.<sup>28</sup> Estos planteamientos no entrañan una separación, confusión o reducción a la “inmediatez sensible” de las relaciones existentes entre ambas dimensiones, pues lo urbano, la vida urbana, no puede prescindir de una base práctico-sensible, de una morfología en la cual se origina y cobra sentido. Desde esa perspectiva, los elementos de la espacialidad urbana se pueden ver desde dos puntos significantes: por un lado las calles pueden ser percibidas como un lugar de encuentro, como un espectáculo diverso, en el cual se es actor y espectador al mismo tiempo, en una ejecución casi coreográfica (la calle es la ejecución de un ballet, dice Jane Jacobs<sup>29</sup>); pero, del otro lado, los espacios urbanos actuales, en cuanto formalizaciones arquitectónicas, son también colonizados por la economía del consumo y la ostentación de comodidades. Sea como fuere, la ciudad implica la síntesis y la multiplicación de lo divergente y lo dispar; pero la cosa más importante es la apropiación de todos sus productos y su uso. Como escribe Lefebvre: “El derecho a la ciudad (...) sólo puede formularse como derecho a la vida urbana, transformada, renovada. Poco importa que el tejido urbano encierre el campo y lo que subsiste de vida campesina, con tal que ‘lo urbano’, lugar de encuentro, prioridad del valor de uso, inscripción en el espacio de un tiempo promovido al rango de bien supremo entre los bienes, encuentre su base morfológica, su realización práctico-sensible”.<sup>30</sup>

Para matizar lo dicho hasta aquí, está claro que la ciudad no se reduce a la vida urbana y viceversa, pues podría haber ciudades con características no urbanas (o pueblos grandes que sí las tengan), y elementos urbanos más allá de las ciudades. Ese “poco importa que lo urbano encierre el campo” de la cita anterior ya intenta problematizar una relación que no es estática, ni definitiva,

---

<sup>28</sup> Manuel Delgado, “De la ciudad concebida la ciudad practicada”, *Archipiélago*, 62 (septiembre 2004), pp. 7-13.

<sup>29</sup> Jacobs, *Muerte y vida de las grandes ciudades*, p. 17

<sup>30</sup> Henri Lefebvre, *El derecho a la ciudad*, Península, Barcelona, p. 138. Ese derecho a la ciudad se aleja por supuesto del urbanismo de Haussman y el funcionalismo de Le Corbusier, que excluyen a los menos privilegiados de los centros urbanos, así como de cualquier otro intento de domesticar el espacio urbano poniendo cortapisas a las apropiaciones no controladas de calles y demás lugares de encuentros y tránsitos. Jane Jacobs habla de esta “programación urbanística anti-ciudades que podía dar lugar a reales y verdaderas ciudadelas de iniquidad y perfidia”, cuyo promotor fue Le Corbusier y su ciudad radiante. *Muerte y vida de las grandes ciudades*, p. 25

sino que se va construyendo a partir de las prácticas y los usos, de un estar dentro de las urbes. No obstante, se puede decir que posiblemente algunas características de la ciudad incidan de manera importante en el surgimiento de lo urbano, tal como lo intuyó Louis Wirth, pero sin que esas sean determinantes o condición *sine quanon* para que éste se produzca. En ese sentido su importancia radica en que facilitan la irrupción de una forma social visible en ciertas partes de la ciudad, esto es, en los lugares públicos o semipúblicos, como calles, plazas, parques, bares, centros comerciales y en todos aquellos escenarios en que pueda observarse lo que Jean Remy llamaba *urbanización*, “ese proceso consistente en integrar crecientemente la movilidad espacial en la vida cotidiana, hasta un punto en que ésta queda vertebrada por aquélla”.<sup>31</sup>

En términos generales lo urbano es sólo una forma de vida más que se origina y se visibiliza preferentemente, pero no exclusivamente, en la metrópoli. La complejidad de ésta reside justo en que allí se establecen de manera permanente y rutinaria los tres reinos sociales de los que habla Lyn H. Lofland: el reino privado, el comunitario y el público, cuyas fronteras se pueden percibir líquidas y difusas.<sup>32</sup> El reino privado (*the private realm*) tiene que ver con los lazos que se establecen entre miembros de un grupo primario que pueden estar localizados dentro de la casa y las redes personales (el mundo de la casa y los amigos); el reino comunitario (*the parochial realm*) se caracteriza por el sentido de concordancia o pertenencia entre conocidos y vecinos que se involucran en redes interpersonales localizadas dentro de comunidades (el lugar de trabajo, asociaciones o las redes de conocidos); el reino público (*the public realm*), por su parte, es el mundo de extraños y de la calle, que sólo surge a partir de la invención de la ciudad. Éste únicamente puede darse en el espacio público cuyos perfiles configurantes lo hacen distinto de las otras esferas de la actividad social, de los otros territorios sociales, básicamente porque en él los individuos en copresencia tienden a ser personalmente desconocidos o sólo categorialmente conocidos los unos con los otros. Estos reinos, como territorios sociales, están localizados dentro del marco material de

---

<sup>31</sup> Jean Remy y Liliane Voyé, *La ville : vers une nouvelle definition?*, L’Harmattan, París, 1992, p. 14.

<sup>32</sup> Mediante la distinción de esos tres “reinos” (*private realm, parochial realm, public realm*) Lyn H. Lofland trasciende la dicotomía público/privado para explicar el fenómeno urbano y enunciar los diferentes tipos de vida que allí pueden darse. Véase su *The Public Realm. Exploring the city’s quintessential social territory*. Aldine de Gruyter, Nueva York, 1998, pp. 10 -12

las ciudades pero no se definen por ese espacio físico, sino por las formas relacionales predominantes. De esa manera un reino privado existe cuando la forma relacional dominante que se encuentra en algún espacio físico es la intimidad; un reino comunitario, cuando la forma dominante de relación es comunal, y un reino público, cuando la forma dominante es entre extraños o conocidos categoriales.<sup>33</sup> Así que, como se advirtió antes, la forma de relación que interesa en estos presupuestos teóricos es justamente aquella que se manifiesta entre desconocidos o conocidos de vista cuyo espectro parece recorrer los espacios públicos y no otras enmarcadas dentro del vecindario, asociaciones, familias y otras corporaciones. Desde esa perspectiva, se apuesta por una mirada a las minucias cotidianas, detritus de una sociedad que parece des-bordarse a sí misma.

Aunque sería reduccionista decir que la ciudad como tal es sólo lo urbano, también está claro que sin esa agitación constante producida por los habitantes en sus formas de hacer, en los tránsitos y recorridos a través de los múltiples espacios, la ciudad, en su sentido pleno, no existiría. Pues, como se ha visto, ella no es sólo la forma ni las líneas que señalan su perfil (un objeto), sino la marejada de seres que la viven, la sueñan, la evocan, la re-memoran y la transitan, en un constante cruce de experiencias y sentidos. Allí la vida social hierve y se corporeiza en cientos de movimientos, prácticas y apropiaciones de su espacio público: la materia primigenia de lo urbano. Este espacio social es permanentemente construido a través de las vivencias y de las prácticas que son el reflejo de muchas realidades, inmersas en, retomando una expresión de Borges, un infinito juego de azares y que aluden a ciertas regularidades inestables esbozadas por Lefebvre en torno al espacio social: “Los grandes movimientos, los ritmos vastos, las grandes olas se interfieren, se chocan. Los pequeños movimientos se compenetrán; cada lugar social no puede, por lo tanto, comprenderse sino a través de su doble determinación: empujado, arrastrado, a veces fracturado por los grandes movimientos -aquellos que producen las interferencias-; pero al mismo tiempo atravesado, penetrado por los pequeños movimientos, los de las redes y los renglones”.<sup>34</sup>

---

<sup>33</sup> *Ibidem* pp. 12-15.

<sup>34</sup> Henri Lefebvre, *La production de l'espace*, 2eme édition, Editions Antrhopos, París, 1981, p. 105

En resumen, la vida urbana, en el sentido que se ha venido exponiendo aquí, sólo se produce y visibiliza con todos sus matices en el espacio público de las grandes ciudades. Éste se convierte en el escenario no de una sociedad estructurada, hecha, sino en una superficie en que se desliza y actúa el “animal limitado de las ciudades”, los hombres y mujeres de una “comunidad estructuralmente inconclusa” tal como lo advirtiera Joseph, es decir de una sociedad forjándose constantemente, de la cual sólo se perciben esas formas efímeras, fragmentarias que parecen estar en un constante hacer y deshacer y que son el reflejo de una realidad pixelada al infinito.<sup>35</sup> Y acerca de esas formas lábiles y esos personajes anónimos de la calle, cuerpos que se desplazan de manera concertada incluso en las ocasiones más polémicas, es que este desglose teórico cobra sentido.

## **2. Desglose segundo: la vida urbana surge y se desarrolla en el espacio público de las ciudades**

Como se ha venido diciendo, la ciudad es más que un territorio desproporcionado y conflictivo y puede ser pensada como un escenario de donde surge y en que se desarrolla preferentemente un tipo de vida singular marcada por la tendencia a la dislocación y la desafiliación, eso que hemos convenido en llamar *lo urbano*. No de otra forma se entiende la convivencia más o menos feliz -en términos de tránsitos y desplazamientos- de esa concentración de extraños que allí se manifiesta, una concentración cuya organización mínima sería imposible sin los requerimientos básicos que permiten la emisión y recepción de señales casi siempre fugaces, que deben decodificarse al instante; de ahí las estrategias, negociaciones, pactos surgidos de manera imprevista e imprevisible, pero en la mayoría de las veces a tono con la situación. Emergencias válidas para ordenar una textura urbana cuya esencia se condensa en un marco al que podemos acordar llamar *espacio público*.

Así pues, el espacio público de las ciudades se constituye por antonomasia en el lugar de lo urbano como urdimbre de relaciones efímeras y

---

<sup>35</sup> Isaac Joseph, *Retomar la ciudad, el espacio público como lugar de la acción*, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, 1999, p. 3.

superficiales entre desconocidos o conocidos “de vista”, centro de prácticas y movimientos fragmentarios y difícilmente asibles, pero casi siempre visibles. Es principalmente en el centro de las ciudades -entendido no en un sentido meramente geográfico, sino como el lugar de la centralidad urbana, lugar en que, parafraseando a Virginia Woolf, “las cosas se juntan”- donde se produce esa concentración de extraños que comparten temporalmente un espacio, en que, a través de la gestión de la mirada y el lenguaje corporal, comunican sus intenciones prácticas inmediatas, intenciones que aluden en principio a las formas de tránsito, esto es, a los desplazamientos y a la ocupación espacial. Por tanto una calle se constituye en un escenario idóneo para toda clase de eventos, para interacciones efímeras y situaciones a veces insospechadas. Desde ese punto de vista el espacio público es ante todo un espacio social potencial, en el sentido de que se llena y cobra sentido en y por las prácticas y usos que allí se vertebran. Pero, ¿qué se entiende aquí por *espacio público*?

Dado que existen distintas definiciones de esa noción y de los términos que la componen, se hace precisa en este punto una toma de posición clara a la hora de establecer su significado aquí. El valor *espacio* se adopta asumiendo tanto su acepción kantiana, recogida por Simmel en tanto que “posibilidad de juntar”, como la inspirada en Marx de Henri Lefebvre en tanto que *producción*, es decir como trabajo, labor de transformación por lo demás siempre inconclusa. El calificativo de *público* remite a lo que se somete al juicio y la contemplación de los demás, lo accesible a la mirada y a la opinión ajenas y tiene como antónimo lo *privado*, entendido como lo que se oculta, lo no mostrado, aquello que se sustrae a la consideración de los otros

Por *espacio público* se podría entender igualmente *espacio de titularidad pública*, noción que aquí se descarta. *Espacio público* es también uno de los conceptos que más se emplean en los discursos ideológicos hegemónicos y se refiere a lo que se imagina como escenario y concreción a la vez de aquellos principios de *ciudadanía* y *civilidad* en que en buena medida se basan, con voluntad legitimadora, ciertas políticas de control y exclusión socio-espaciales. En un sentido parecido, el urbanismo se refiere a los espacios públicos como uno de los escenarios predilectos en los que ejecutar la voluntad de los planificadores por apaciguar o mantener a raya lo urbano, identificado con la tendencia de la vida urbana a la inorganicidad y al enmarañamiento. Esa visión,

que comparten de manera articulada tanto las instituciones políticas como el diseño urbano a su servicio, interpreta el espacio público como ese ámbito arquitecturizado y transparente, naturalmente abierto y democrático, en que es posible la ciudadanía universal, que habla del derecho de acceso y por tanto del derecho de uso sin ningún tipo de restricción a quien se demuestre competente para ello. Las fuentes teóricas de esa concepción tienen que ver con la filosofía política y la teoría comunicativa, para las cuales se trata de un espacio de debates, de controversia y de revelaciones que evocan el dispositivo democrático por excelencia; ahí está la esfera de la publicidad, en el sentido que, inspirándose en el republicanismo kantiano, le dieran Hannah Arendt y Habermas en sendos textos ya clásicos,<sup>36</sup> esfera regida, según Joseph, “por el placer sociable de hablar, de conversar libremente y sin esfuerzo, apelando en estos discursos voluntaristas regularmente a la virtud de la concertación”.<sup>37</sup>

La noción de *espacio público* que aquí se asume, en cambio, deriva de unas ciencias sociales que conceden primacía a las formas de vivir y al análisis de los espacios intersticiales y los vínculos escasamente estructurados que en ellos tienen lugar. Tal construcción está ligada entonces a los movimientos de la calle, vista como espaciamiento, como espacio social regido por la distancia dentro de la copresencia, sin que ello niegue la predisposición a una solidaridad básica.<sup>38</sup> Espacio público viene a ser así una manera de aludir a un campo ampliado de la calle como institución social y lugar para la acción, de tal forma que abarque otros marcos emparentados con ella, a la par que diferenciables, a la manera de las plazas, los vestíbulos de las estaciones, los centros comerciales, los transportes colectivos y, por supuesto, los parques urbanos, todos ellos espacios dispuestos para el encuentro, socialmente autoorganizados a partir de rituales de exposición y evitamiento.

Esta forma de concebir el espacio público -cuya génesis es por lo demás inequívocamente moderna-<sup>39</sup> podría comprenderse también a partir de la

---

<sup>36</sup> Hanna Arendt, *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 1998; Jürgen Habermas, *L'espace public. Archéologie de la publicité comme dimension constitutive*, Payot, París, 1978.

<sup>37</sup> Isaac Joseph, "Introduction", I. Joseph (ed.), *Prendre place. Espace public et culture dramatique*, Colloque de Cerisy, Editions recherches, París, 1995, p. 11.

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 12

<sup>39</sup> No voy a detenerme en esos orígenes de la noción de *espacio público* que aquí se maneja en la irrupción de la sociedad moderna, en oposición a la sociedad tradicional, en la línea del

conjunción de dos nociones que lo involucran y a las que ya se ha aludido: el espacio como producción -o mejor como coproducción- social y lo público como lugar de las visibilidades, de las puestas en común, donde tiene lugar una forma de interacción basada en lo superficial -lo que flota en la superficie- y lo visible, ámbito en que los copresentes han de confiar en la apariencia de los demás y dejarse guiar por los indicios de que son vehículo. Ello implica que ese espacio no es una realización en sí mismo, sino que está constituido -o mejor, en constitución- por prácticas, por representaciones simbólicas y discursos. En otras palabras, que es resultado interminable de vivencias y utilidades concretas, pues, como dice Lefebvre, una existencia social que no produzca su propio espacio no es más que una abstracción que no puede superar la esfera de lo ideológico o de lo cultural.<sup>40</sup> Ello sugiere además que el espacio público es un ámbito virtual, por cuanto se puede ordenar de distinta manera según los movimientos, recorridos, usos de quienes lo viven y experimentan cotidianamente. En ese sentido, no sólo actúa como un marco material -fuente y recurso a la vez- sino que comprende las relaciones que allí establecen los individuos como usuarios-productores a partir de sus prácticas espaciales específicas, pues...

El espacio (social) no es una cosa entre las cosas, un producto cualquiera entre los productos, pues envuelve las cosas producidas, comprende sus relaciones en su coexistencia y su simultaneidad: orden (relativo) y/o desorden (relativo). Es el resultado de un conjunto de operaciones, y no puede reducirse a un mero objeto (...) Efecto de acciones pasadas, permite acciones, las sugiere o prohíbe. Entre estas acciones, unas se producen, otras se consumen, es decir son fruto de la producción. El espacio social implica múltiples conocimientos.<sup>41</sup>

Esas prácticas espaciales también subvierten con frecuencia el orden establecido por los planificadores de espacio. En ese sentido Certeau ofrece

---

contraste canónico entre *Gemeinschaft* y *Gesellschaft* propuesta por Tönnies o entre *sociedad urbana* y *sociedad folk* de Robert Redfield y la Escuela de Chicago. Se asume aquí el axioma según el cual tal génesis se enraíza en profundas transformaciones culturales que afectaron, a partir de la revolución calvinista y el nuevo paradigma cartesiano, a la división entre lo interior y lo exterior, entre el mundo y las nuevas ideas sobre la subjetividad y el sujeto. Nada nuevo al respecto luego que Richard Sennett nos proveyera de la crónica crítica de tal proceso, a cuyas conclusiones me atengo. Véase al respecto, entre otras obras suyas, el fundamental *El declive del hombre público*, Península, Barcelona, 1974.

<sup>40</sup> Lefebvre, *La producción de l'espace*, p.131

<sup>41</sup> *Ibidem*, pp. 88-89.

una explicación casi lírica de cómo los comportamientos en el espacio público de la ciudad no se atienen a las intenciones de sus diseñadores, no se someten a ellas. Las ideologías dominantes y las fuerzas de poder -la *polis*- pueden ser subvertidas efectivamente por miríadas de microprácticas, de actos intencionales o de lecturas paralelas que los individuos hacen en la vida cotidiana y que retan efectivamente los modos dominantes de interacción. El paseo por la ciudad ocupa una posición particular en esas prácticas a través de las cuales es posible desafiar el orden urbano establecido. Las prácticas del caminante se constituyen en el eje sobre el cual se crea y se re-produce el espacio y que también vienen a metaforizar la realidad dinámica, fluida y casi incognoscible de la ciudad.

Quando se escapa a las totalizaciones imaginarias del ojo, hay una extrañeza de lo cotidiano que no sale a la superficie, o cuya superficialidad es solamente un límite adelantado, un borde que se corta sobre lo visible. (...) Estas prácticas del espacio remiten a una forma específica de *operaciones* (de 'maneras de hacer'), a 'otra espacialidad' (una experiencia 'antropológica', poética y mítica del espacio), y a una esfera de influencia *opaca* y *ciega* de la ciudad habitada. Una ciudad *trashumante*, o metafórica, se insinúa así en el texto vivo de la ciudad planificada y legible.<sup>42</sup>

Por otro lado, como lugar de visibilidades, el espacio se constituye en una clase de territorio social de publicidad y publicación inmediata y efímera. Se aparece ante los demás y éstos ante los otros, en acciones que muestran una labor práctica nunca acabada, es decir, en un continuo presente. En ese contexto se da una preeminencia de la vista sobre los otros sentidos, pues ésta no sólo es un instrumento para la acción sino que es la acción misma. A través de la mirada se percibe la "identidad social" del otro, quedan al descubierto sus intenciones inmediatas, sus trayectorias y en consonancia con eso se sabrá como actuar.<sup>43</sup> De ahí ese tipo de interacción que se da en los espacios públicos y que Goffman distinguió entre *no focalizada* y *focalizada*, formas de

---

<sup>42</sup> Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano*, Universidad Iberoamericana, México, 1996, p. 105. Cursivas del autor.

<sup>43</sup> Esa identidad social está enfocada en el sentido que efectivamente le da Goffman, para referirse a las categorías sociales a las que puede pertenecer o ver que pertenece un individuo: grupo de edades, sexo, clase, etc. Goffman, *Relaciones en público*, Alianza, Madrid, 1979, p. 195

comunicación interpersonal que resultan de la simple copresencia y que se constituyen como tales aun si la reciprocidad de las personas se reduce a la mera observabilidad mutua (como ocurre entre dos transeúntes que se cruzan en una calle).<sup>44</sup> En ese contexto, la cortesía visual de la inatención es una forma importante de la interacción no focalizada, una manera de mirar que consiste en atenuar la observación y que se constituye en la primera etapa del encuentro.<sup>45</sup> Las interacciones focalizadas están ligadas al sentido del lugar e implican una manutención compartida de un mismo foco visual, en una disposición cara a cara, esto es, de una determinada proximidad física.<sup>46</sup> En ambos casos es importante la gestión de los gestos y las miradas que son las que en últimas determinan también el tipo de interacción, de tal manera que el paso de una a la otra se manifiesta, entre otras cosas, por un cambio observable en la orientación visual sostenida dentro de una situación de copresencia. Estas formas visibles de interacción en ambientes urbanos equivaldrían de alguna manera a la oposición *mirada focalizada/mirada no focalizada*.<sup>47</sup> Dentro del primer caso, las orientaciones visuales manifiestan una modalidad de participación en la interacción, asumiendo funciones pragmáticas, y dentro del segundo caso, actualizan un régimen de reconocimiento fundado en la no participación y la distancia a través de la cual se organiza la presencia mutua en el extrañamiento. Aquí los actores no se ven comprometidos en interacciones puntuales, salvo en aquellas acciones recíprocas a las que de alguna manera “obliga” una situación concreta, como desplazarse por la calle o por los pasillos de una estación del metro, sin participar por ello en acciones conjuntas. Aquí se habla de una política de la inatención, que implica una forma de tener en cuenta al otro pues se necesita de su acompañamiento concertado no sólo para los tránsitos callejeros, sino

---

<sup>44</sup> Joseph, *Erving Goffman y la microsociología*, p, 74

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 78.

<sup>46</sup> *Ibidem*, p. 73.

<sup>47</sup> Louis Quéré y Dietrich Brezger, retoman los términos *unfocussed look* y *focussed look* de Sudnow, para mostrar el paso de una interacción no focalizada a una focalizada en donde la orientación visual es determinante. Cuando se muda de una a la otra se abandona la inatención de urbanidad que preserva la distancia en la copresencia y se manifiesta una suerte de intercambio recíproco que implica que ambas partes se han dado cuenta de sus respectivas presencias. En ese momento la atención en los detalles es esencial para organizar el curso de la acción. Véase Louis Quéré y Dietrich Brezger, “L’Etrangeté mutuelle des passants. Le mode de coexistence du public urbain”, *Les Annales de la Recherche Urbaine* no. 57-58, 1992, pp.92-93

para mantener en juego las competencias de los miembros del grupo social conformado efímeramente, eso a lo que se da en llamar “la gente”.

Ese carácter sensible del espacio público está dotado de unas cualidades materiales que le convierten, como se dice arriba, en un escenario de y para la observación, esto es, para mirar y ser mirado, para la visibilidad mutua. Y no podría ser de otra manera, porque es a partir de esas visibilidades que se ordena la ocupación del espacio en una simultaneidad organizada de prácticas protagonizadas, casi siempre, por extraños mutuos. Y quizá esa misma característica ha dado lugar a que tome fuerza, por ejemplo, la metáfora teatral planteada por Goffman a lo largo de su obra para comprender lo que allí ocurre. El escenario de representaciones goffmaniano intenta describir el trabajo de configuración que libran los participantes de una situación cualquiera de la vida cotidiana utilizando el lenguaje y las metáforas del cuadro teatral. Ello permite mostrar, entre otras cosas, cómo en los umbrales de la vida urbana, tiene lugar un trabajo de encuadre y reparación que puede ser interpretado, por una parte, como un ritual destinado a arreglar ofensas reales o virtuales, de alguna manera ligadas a la vulnerabilidad de los territorios de cada persona, y de otra parte, dice Joseph, como un lenguaje corporal productor de señales efectivas que señalan el inicio de una interacción o simplemente para distribuir la atención dentro de un millón de relaciones densas y dispares.<sup>48</sup> Desde esa perspectiva, el parque, una calle o una plaza operan como un proscenio, como un decorado en donde los actores /participantes/transeúntes/usuarios parecen seguir los lineamientos de una trama general, cuyo fin último podría ser la coexistencia sin sobresaltos a partir de la mutua previsibilidad de las acciones y las iniciativas. En ese contexto se ponen en juego las habilidades no sólo de representación, cuyo peso, como en el teatro, recae principalmente en el manejo corporal, en la gestión de las emociones y las miradas, sino también en la capacidad de improvisación, de actuar de manera coherente sobre la marcha y salir indemne de cualquier barrera o interferencia que pueda presentarse durante su actuación. A través de esos mecanismos es posible dar “forma y estructura dramática a ciertos temas que, de otro modo, resultan intangibles. Mediante el vestido, la

---

<sup>48</sup> Isaac Joseph, “L’univers des rencontres et la vulnérabilité des engagements”, en *Les Cahiers de Philosophie*, no. 17, 1993, p. 223

gesticulación y la postura corporal podemos representar una lista heterogénea de cosas inmateriales que sólo tienen en común el hecho de que son significantes en nuestra vida...”<sup>49</sup>

No muy lejos, Habermas retoma la por demás vieja metáfora teatral para plantear la acción dramática como una superficie donde “todo agente puede controlar el acceso de los demás a la esfera de los propios sentimientos, pensamientos, actitudes, deseos, etc., a la que sólo él tiene un acceso privilegiado. En la acción dramática los implicados aprovechan esta circunstancia y gobiernan su interacción regulando el acceso a la propia subjetividad”.<sup>50</sup> En ese contexto, los individuos se autoescenifican puesto que éstos no hacen gala de un comportamiento expedito y espontáneo, sino más bien de uno aprendido justamente en esas circunstancias prácticas y que en últimas responde a una “estilización de la expresión de las propias vivencias con vistas a los espectadores”. Es decir, los individuos no hacen más que “utilizar” esos elementos elaborados para presentarse así mismos lo más convincente posibles pero resguardando siempre esa parte fundamental de su subjetividad. Este concepto hace referencia principalmente a los participantes en una interacción cara a cara en la que hay una alternación en los papeles: los unos y los otros se constituyen en actores y público a la vez. El propósito último de cualquier actor es, como se ha dicho, suscitar una determinada imagen en el espectador, determinadas impresiones que comuniquen algunos elementos de sí adecuados en orden a participar en esas circunstancias particulares de la acción. Habermas se aleja un poco de esos parámetros limitativos de la dramaturgia e insiste en una acción comunicativa, dentro de una interacción cara a cara de dos o más individuos, donde se conjugue tanto

---

<sup>49</sup> Goffman, *Los momentos y sus hombres*, Paidós, Barcelona, 1991, p. 188-189. Dice Goffman más adelante que una “cuestión fundamental en todas las interacciones cara a cara es la relación entre los participantes, es decir, qué es lo que cada uno de ellos puede asumir efectivamente que el otro sabe. Esta relación es efectivamente independiente de su contexto, y se extiende más allá de cualquier situación social a todas las ocasiones en que se encuentran dos individuos”, p. 194

<sup>50</sup> Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa I. Racionalidad de la acción y racionalización social*, Taurus, Madrid, 1998, p. 124. De los cuatro conceptos que Habermas dilucida dentro de la teoría sociológica el de la acción teleológica, el de la acción regulada por normas, el de la acción dramática y el de la acción comunicativa, interesan los dos últimos porque plantean el problema de la metáfora teatral planteada por Goffman, de la que critica su visión hasta cierto punto limitada, pues sólo serviría para describir la orientación fenomenológica de la acción, no para comprenderla dentro de unos parámetros más generales, principalmente dentro del punto de vista teórico.

su capacidad de lenguaje como de acción. Dentro de ese nivel importa entonces el consenso, el ponerse de acuerdo para actuar dentro de situaciones susceptibles de ello. En ese sentido, como para el interaccionismo simbólico,<sup>51</sup> la interpretación se convierte en el eje sobre el cual girarían esos acuerdos situacionales y el lenguaje en el mecanismo a través del cual se concretan esas prácticas comunicativas.<sup>52</sup>

Se podría decir entonces que el modelo dramático empieza a complicarse en el mismo instante en que se constata que la trasposición al plano del espacio público no es completa porque el espectáculo teatral implica una “convocatoria pública que no corresponde a las escenas de la vida cotidiana”, pues “los momentos de ésta son muy pocas veces buenas maneras sostenidas por una perspectiva única o por la mirada colectiva y focalizada de un agrupamiento”.<sup>53</sup> Ello implica que esos encuentros entre extraños, al contrario que en el teatro, se producen en un marco participativo que tiene por principio la heterogeneidad, la separación de públicos y el pasaje de un rol a otro, es decir, que en la experiencia de los tránsitos e interacciones urbanos los actores y espectadores se intercambian los papeles, mutan permanentemente de lugar y establecen nuevas representaciones en donde la improvisación tiene un carácter fundamental. A pesar de ello, el uso de la aproximación escenográfica, si bien no explica la esencia de la vida social, si contribuye a su descripción y comprensión. Así que su utilización es pertinente en cuanto facilita las herramientas para un acercamiento a un espacio público real, es decir, como argumento metodológico válido para el que la observación se convierte en el elemento fundamental para la percepción de las escenas que

---

<sup>51</sup> Para el interaccionismo simbólico, un individuo social es “un organismo capaz de entablar una interacción social consigo mismo formulándose indicaciones y respondiendo a las mismas”, en ese sentido no se limita a responder a una acción recíproca, sino que el individuo es ante todo un organismo que debe reaccionar ante lo que percibe y su comportamiento respecto a lo que percibe “no es una respuesta motivada por tal presencia, sino una acción que surge como resultado de la interpretación...” (Herbert Blumer, *El interaccionismo simbólico. Perspectiva y metodología*, Hora, Barcelona, 1981, p.11).

<sup>52</sup> Habermas, *op.cit.*, p. 124.

<sup>53</sup> Joseph, *Erving Goffman y la microsociología...* p. 71. Joseph critica sobre todo la relación frente de escenario/bastidores en el espacio público a la manera como Goffman la plantea en la metáfora teatral, pues, en éste, al ser los actores completamente visibles, deben mantener ese manejo de las representaciones constantemente. En cierta medida se está desnudo ya que cualquier acto o comportamiento inapropiado podrían constituirse en motivo de discordia y/o malentendidos. Eso implica que no hay lugar a ningún tipo de relajamiento que involucre una laxitud u olvido de ese manejo de las impresiones entre dos o más individuos que interactúan, todo lo contrario a lo que ocurre en la trasescena del espectáculo teatral.

conforman la vida cotidiana, allí donde el lazo social se hace visible en el momento mismo de anudarse. Sea como fuere, no cabe duda que la metáfora teatral es uno de los acercamientos más importantes para la descripción y análisis del espacio público como lugar sensible y como marco para la acción social.

Hasta aquí un punto relevante: el espacio público está dotado de unas características sensibles que permiten compararlo con un espectáculo teatral, pues existen unos actores/espectadores, un decorado, unos roles, una trama general y por supuesto una legibilidad en sus enunciados, todo lo que lo convierte en un lugar de y para la comunicación, para una actividad social al tiempo elemental y compleja, en el transcurso de la cual se publicita, se negocia, se actúa y también, porqué no decirlo, se confronta. Dentro de esos lineamientos es imprescindible insistir en la noción de espacio público como lugar de y para la acción, porque viene a condensar gran parte de lo enunciado hasta aquí. En ese caso, el espacio público se concibe, al menos inicialmente, como espacio de derechos -derecho de acceso y circulación que denotan la libertad pública-, como paisaje sensible -posee una materialidad sonora y visual-, y como espacio de ceremonias cívicas o de urbanidad –principio de cooperación en la copresencia. En estas aproximaciones quedan claras varias cosas: el sentido de accesibilidad general a ese tipo de espacio, su consideración como marco material y de comunicación, todo dentro de la afirmación de que éste es, en efecto, “el primero de los bienes públicos, que se concibe como visibilidad mutua, espacio de encuentro o puesto a disposición de la intención de cada uno” y que confirma que “todo bien público es una coproducción”.<sup>54</sup> Espacio que es un todo a la vez: concepción y uso, contexto para las actividades y realización de esas actividades. Lo anterior implica que es un espacio de encuentros y multiplicidad de perspectivas en donde se concreta la elaboración de un sentido común o mejor de una elaboración conjunta de los copresentes en determinada situación, esto es, de un comportamiento altamente cooperativo todo lo cual no excluye, antes al contrario, la posibilidad de choque y conflicto. Y todo ello indica además que es un espacio del movimiento, de concentración, de la dispersión y del pasaje. Por

---

<sup>54</sup> Isaac Joseph, «L'espace public comme lieu de l'action», *Les Annales de la Recherche Urbaine*, no. 57-58, 1993, p. 211

tanto la noción de espacio público, en palabras de Joseph, “remite no solamente a una *realidad porosa* donde se traslapan varios sistemas de actividad; sino también a una *realidad conceptualmente inestable*: abstracta y concreta, simbólicamente central y culturalmente dispersa, localizada y desubicada, espacial y hablada, episódica o intermitente y organizada y estructural”.<sup>55</sup>

### **3. Desglose tercero: el anonimato, la visibilidad y la copresencia son dimensiones inherentes al espacio público urbano**

Hemos visto cómo la noción de espacio público tiene múltiples definiciones y se aplica hoy a ámbitos que van desde las instituciones que se instalan en la ciudad para administrar los recursos materiales y sociales, los *mass media* y el ciberespacio, hasta aquellas zonas intermedias de intercambio y encuentro, tales como bares, cafés, etc. En este estudio se está asumiendo que son la accesibilidad y la mutua visibilidad las que determinan el carácter público de los lugares, al tiempo que los convierte en escenarios para una forma específica de estar juntos regida por lo que no en vano se da en llamar *urbanidad*. En el caso del espacio público indica en principio una admisión no sujeta a ningún tipo de reserva, al contrario de lo que ocurre por ejemplo en los lugares semipúblicos o privados; se inscribe dentro de una noción práctica reflejada en los comportamientos, en la frecuentación y en las vivencias colectivas que determinan el carácter de un espacio. Desde este punto de vista, el espacio público como tal correspondería a aquellas áreas de la ciudad a las que todas las personas tienen acceso legal: las calles, los parques, los “lugares de acomodación pública”, como lo presentaría Lyn H. Lofland,<sup>56</sup> o a la “tierra general” de la que habla Jacobs.<sup>57</sup> No obstante, algunos lugares pueden ser igualmente accesibles pero no por ello corresponden a espacios públicos urbanos en sentido pleno, puesto que éstos no son simplemente un espacio libre, simple separación o prolongamiento del espacio privado de habitación, ni tampoco el espacio colectivo apropiable por una comunidad de vecindad, sino

---

<sup>55</sup> Joseph, *Retomar la ciudad*, p. 15. Cursivas del autor.

<sup>56</sup> Lyn H. Lofland, *A world of strangers. Order and action in urban public space*, Waveland press, USA, 1985, p. 19.

<sup>57</sup> Jacobs, *Muerte y vida de las grandes ciudades*, p. 280

el lugar de la acción, un espacio social regido por la distancia en la copresencia en donde priman las visibilidades y enunciados, cuya expresión minimalista podría ser la interacción ya sea planeada o improvisada de dos individuos cualesquiera, expuestos a la mirada de los demás. En otras palabras, el espacio público es una sustancia singular cuyas características apuntan hacia elementos como la capacidad de sus practicantes para la acción, la organización sobre la marcha de esas acciones y sus contextos y las operaciones y sus procedimientos.

Ahora bien, si se acepta la idea de que es en el espacio público donde se vertebra ese mundo de extraños que es la ciudad, es preciso preguntar cómo hacen sus habitantes para convivir bajo esas circunstancias de eternos extranjeros de sí mismos en un espacio movedizo y fragmentario por naturaleza. La respuesta podría perfilarse en el hecho de que allí, en el espacio público, existe una ordenación de la población urbana en términos de apariencia y locación espacial, de tal manera que los ciudadanos pueden conocer al otro simplemente por la mirada.<sup>58</sup> Es decir, que en primera instancia los transeúntes-practicantes de espacios como la calle, un parque, una plaza o cualquier otro lugar público o semipúblico se mueven bajo los parámetros de la visibilidad mutua, a partir de lo cual se convierten en objetos presenciales, cuya destreza callejera queda demostrada en el momento de resolver problemas de circulación de manera casi automática, a través de la gestión de la mirada y de las señales corporales inmediatas, tal como lo afirma Goffman: “Cuando un individuo se encuentra en un lugar público no está simplemente desplazándose de un punto a otro en silencio y resolviendo mecánicamente problemas de circulación; también se está ocupando constantemente de mantener una posición viable en relación con lo que ha llegado a ocurrir en torno a él, e iniciará intercambios gestuales con los otros, conocidos y desconocidos, a fin de establecer cual es esa posición”.<sup>59</sup>

En ese espacio compartido momentáneamente lo único que cuenta es la posibilidad de ver y verse a través del otro/otra con quienes se cruza, pues sólo poniéndose momentáneamente en su lugar se puede saber bajo qué

---

<sup>58</sup> Lyn H. Lofland, *A world of strangers*, p. 22

<sup>59</sup> Goffman, *Relaciones en público*, p.162

presupuestos se debe actuar.<sup>60</sup> Esa alteridad no indica ningún tipo de conocimiento intersubjetivo más allá de la apariencia, del cuerpo que se cosifica para convertirse en mera presencia. Allí la alteridad (*otherness*) se instaura como un mecanismo relacional funcional bajo circunstancias concretas -el tránsito a través de- con lo cual se reconoce que no sólo se depende de uno mismo sino que los demás también dependen de nosotros para poder sobrevivir en un espacio habitado, en esencia, por extraños sometidos a la atenta perspectiva de la mirada ajena. Esta forma práctica de organizar los tránsitos supone, como ya se ha sugerido, la internalización de unas pautas de comportamiento y sobre todo la demostración efectiva de las mismas en el momento adecuado. Sólo de esta manera se entiende las destrezas para evitar choques y neutralizar los cambios imprevistos de sentido sin llegar a problemas mayores. Y es esa visibilidad la que permite sobrevivir, por ejemplo, a la concentración intempestiva de cuerpos que bajan y suben de un vagón del metro en una hora punta.<sup>61</sup> Allí la congestión alcanza límites insospechados y, sin embargo, en ese remolino de presencias se encuentran caminos, se evitan roces, eso sí mediante inflexiones corporales en las que la capacidad de improvisación queda demostrada. Esta sociedad efímera, unida fugazmente por un propósito práctico -bajar o subir de un vagón de metro de manera fluida y rápida- en un espacio-tiempo definido, tiene la capacidad de autoorganizarse para reproducirse una y otra vez sin que se quiebren los bordes del orden social, sino más bien, reafirmandolos en cada nueva situación producida bajo los mismos términos.

La visibilidad anónima de las personas y sus comportamientos implica, como ya se ha dicho, por un lado que se está en la simultaneidad de la copresencia y, por el otro, que existe cierto orden que la regula para hacer

---

<sup>60</sup> Sobre la visibilidad como aspecto crucial del carácter sensible de los espacios públicos se puede ver también el trabajo de John R. E. Lee y Rodney Watson, "Regards et habitudes des passants", *Les Annales de la Recherche Urbaine*, no. 57-58, diciembre de 1992, pp. 100-109; Michèle Jolè, "Trouver une place, prendre son tour", *Les Annales de la Recherche Urbaine*, no. 57-58, diciembre de 1992, pp.80-90.

<sup>61</sup> Es notable esa movilidad y diversidad humana que se suele percibir en las estaciones de metro. Marc Augé habla algo de ello: "Hoy como ayer, en la estación Sèvres-Babylone, habrá individuos que suban o bajen del metro, que se dirijan hacia la salida o hagan combinación, que vayan de un punto a otro y de una actividad a otra, cada uno partiendo de su historia, cruzando sin conocerla la historia de los demás, compartiendo todos, en las horas pico, un fragmento de historia común". Véase *Travesía por los jardines de Luxemburgo*, Gedisa, Barcelona, 1987, p. 69

posible la inteligibilidad escénica.<sup>62</sup> La cuestión central es entonces la regulación de la accesibilidad de los modos de desplazamiento, es decir, de los dispositivos de los rituales de acceso a los diferentes territorios. La copresencia, entonces, encierra un tipo de relación marcada por la inatención civil o inatención de urbanidad que no es otra cosa que una forma de sociabilidad, un modo de organizar esa coincidencia presencial que consiste en crear distancia entre las personas para hacer más plausible su condición de extranjero, es si se quiere, una demostración de una política del extrañamiento y responde a una forma de urbanidad instaurada a partir de la convivencia, del “saber estar” en los intersticios y umbrales de los espacios públicos mediante la puesta en práctica de estrategias que señalan, por un lado, el aprendizaje de lo urbano y, por el otro, el desempeño real de grupos de extraños unidos momentáneamente en la evitación, el anonimato y expuestos a cualquier cosa en la intemperie de lo público.<sup>63</sup> Y no podría ser de otra manera puesto que, como señala Simmel, ello corresponde a la misma naturaleza de las relaciones sociales en el contexto metropolitano: frecuentes, rápidas y huidizas, que se establecen entre una multitud de extraños y que a la par se renuevan continuamente.

En el mismo sentido, Goffman señala que la mayor parte de las sociedades tienen relaciones anónimas, es decir, “un trato estructurado mutuo entre dos individuos que se conocen exclusivamente conforme a la identidad social instantáneamente percibida, como cuando un individuo adelanta cortésmente a un desconocido por la calle”.<sup>64</sup> Así que, en última instancia, quienes deambulan por los espacios públicos -esas unidades vehiculares a las que se refiere Goffman- son seres anónimos que necesitan de los otros para ser visibles, para existir, pero que también comparten con ellos su condición de

---

<sup>62</sup>“Al trasponer el espacio de la calle el principio de la reciprocidad que interviene en los intercambios entre comensales (siguiendo los lineamientos de Goffman), interroga el hecho mismo de la copresencia y la visibilidad mutua donde ésta especifica un orden de la vida pública, de ahí que la circulación de transeúntes pueda ser descrita como una sucesión de arreglos de visibilidad completamente ritualizados.” Joseph, *Errving Goffman y la microsociología*, p.32

<sup>63</sup> El aprendizaje urbano, según Lyn H. Lofland, pasa por definir las situaciones, para lo cual son importantes tres cosas: las reglas para codificar los objetos y las situaciones en su mundo; el acompañamiento de repertorios comportamentales que son pensados apropiadamente para codificar objetos y situaciones, y, por último, información suficiente acerca del objeto o la situación para ser capaz de activar las reglas de codificación. En *A world of strangers*, p. 96

<sup>64</sup> Goffman, *Relaciones en público*, p.195

eternos pasajeros, de trashumantes en continuo zigzaguear, pero con los dispositivos suficientes para hacerle frente a la incertidumbre de la calle, del parque o de cualquier otro lugar con sus mismas turbulencias y murmullos. La condición de anonimato de otra parte, también podría significar la esencialidad de un derecho al trasiego sin ningún tipo de cortapisas ni de fijaciones; en tal sentido el desconocimiento mutuo obra como un escudo para salvaguardar la integridad personal pero también para deslizarse por las corrientes de la calle con algunas garantías. Y ello implica el despliegue de gamas de comportamientos que en otras circunstancias no se podrían verificar: el husmeo, las retóricas de la mirada, los evitamientos, los devaneos, las irrupciones, las presentaciones a priori, etc. Trayectos y sentidos insertos en la indiferenciación de los cuerpos y los pasos. Con todas las excepciones a que haya a lugar, puesto que algunas personas conocen dificultades para ser “unas más” en el espacio público por causa del estigma que les afecta, el principio de anonimato sería un indicador de un uso igualitario del espacio y por lo tanto, una prueba sensible de la noción de libertad que éste puede sobreentender.

Lo expuesto hasta este momento se podría condensar en los cinco principios de interacción entre extraños, principios fuertemente relacionados entre sí, que Lyn H. Lofland ha sistematizado no sólo de su observación de la vida urbana sino de su rastreo intenso por trabajos empíricos sobre ese tópico: la movilidad cooperativa, la inatención civil, la relevancia de la audiencia -público-, la asistencia cortés y la civilidad con la diversidad. La movilidad cooperativa se refiere al carácter casi coreográfico del comportamiento de los transeúntes de una calle que hace posible sus desplazamientos de manera fluida. En el evitamiento mecánico de choques e incidentes subyace una alta dosis de entendimiento mutuo basado en la lectura de indicios y glosas corporales. La inatención civil, término introducido por Goffman, es una especie de política de la cortesía en los escenarios urbanos, que, como ya se indicó, hace posible la coexistencia y pone en juego el papel de la mirada como mecanismo para conservar las distancias. Es ese trato impersonal que en ningún momento sugiere falta de atención sino, más bien, una forma exquisita de ésta. Se podría considerar como el “no va más” de la vida urbana, la base sobre la cual reposa la idea de un trato indiferenciado en el espacio público. La relevancia del rol de la audiencia -el público- reposa sobre la noción del

espacio público como metáfora teatral en que se encuentra unos actores y unos espectadores cuyo papel es también intercambiable.

Aquí se relievaa la dimensión sensible del espacio público como reino de la vista que recuerda la preponderancia en ese escenario de este sentido sobre los otros. Pues, como dice Whyte, "la calle es un escenario y la forma en que una audiencia mira impregna los gestos y los movimientos de los actores que están en él".<sup>65</sup> Allí la danza humana se crea con agregados de gente que camina, se sienta, duerme, lee y mira a sus miradores, pero allí también tiene lugar la tragedia dramática inherente a accidentes y otras emergencias, que también parecen inducir a esa suerte de fascinación morbosa por mirar. La asistencia cortés sugiere una especie de ayuda mundana a los demás y remite a esa colaboración puntual que en un determinado momento pueden brindarse los extraños entre sí como sucede al preguntar la hora, una dirección, etc., y que configura una vez más ese contrato tácito de reciprocidad y cooperación entre desconocidos propio de la vida urbana. La civilidad respecto de la diversidad consiste en principio en la puesta en práctica de ese derecho a la indiferencia y corresponde a una manera de actuar cuya esencia es la imparcialidad y la universalidad en el trato. Allí se refleja la competencia del urbanita no tanto para pasar desapercibido, sino para no percibir a los otros en función de sus circunstancias personales visibles (características físicas, fachada, etc.), que no son importantes en su desempeño situacional como transeúnte u ocupante de cualquier espacio público. Es si se quiere el despliegue de una cortesía cosmopolita que, si se diera realmente, podría indicar la presencia real de la idea de democracia en los espacios públicos.

En resumen, se puede vivir en un mundo de extraños sólo porque se ha encontrado el modo de eliminar algunos de esos 'extrañamientos' y porque se tiene ordenadas las ciudades de tal manera que es posible identificar a esos otros desconocidos personalmente con algún grado de exactitud. Lo cual significa también que la ciudad ha creado un nuevo tipo de ser humano -el cosmopolita- que "es capaz, como sus ancestros tribales no lo fueron, de relacionarse con los otros a través de nuevas maneras de vida que la ciudad no solamente hace posibles sino necesarias. El cosmopolita no perdió la

---

<sup>65</sup> William H. Whyte, *City. Rediscovering the Center*. Doubleday, Nueva York, 1994, p. 21

capacidad de conocer a los otros personalmente. Ganó la capacidad de conocerlos categorialmente. No perdió la capacidad para la relación profunda, duradera y multifacética. Ganó la capacidad para la relación superficial, efímera, restringida”.<sup>66</sup>

El espacio público de las grandes ciudades tiene sentido en cuanto se constituye en un elemento indisoluble de la vida urbana en constante ebullición, con todas sus peripecias, sus pactos, sus requiebros, sus luchas, su polifonía. De ahí que, en su seno, los seres que los trashuman cuenten con la posibilidad -no siempre reconocida- de no ser más que individuos anónimos a punto de sucumbir ante el influjo de las apariencias y los tránsitos. Seres que existen en la medida en que son visibles entre sí para comprobar su camino y no naufragar en el *maremagnum* de estímulos y vaivenes que parecen estar en continua configuración en la calle, en la plaza, en el parque o en cualquier sitio de esa naturaleza; y por ello mismo seres dispuestos a sumergirse en un mundo de simultaneidades, de contactos fugaces, de copresencias y de derivas, en todos los sentidos de la palabra.

Ahora bien, en ningún momento los planteamientos expuestos hasta aquí defienden la existencia de un espacio público neutral, esto es, desconflictivado y plano en donde los individuos se encuentran siempre en igualdad de condiciones. Por tanto no se hace apología del mundo ideal de libertad que soñaron los ilustrados, en que se usa la razón para convivir de manera amable en una sociedad de iguales. Al contrario, en el mismo instante en que se concibe el espacio público como lugar de la acción y las potencialidades que ello encierra, se está diciendo que ese carácter lo convierte en un ámbito propicio para que allí surjan y se manifiesten toda suerte de acontecimientos y ello incluye la confrontación de fuerzas, la lucha por su control e impugnación, el uso desigual, los brotes de violencia, las irrupciones y asaltos en todos los sentidos de la palabra... Y no podía ser de otra manera, si se tiene en cuenta que, como se ha visto, su producción y construcción son el resultado de un proceso social, o mejor, *son* ese proceso social. En eso reside parte de su naturaleza compleja y contradictoria pues, como un todo, se impregna con las relaciones sociales, se sustenta en ellas y al mismo tiempo es su producción interminable y su producto inacabado. Por

---

<sup>66</sup> L. Lofland, *A world of strangers*, pp.177-178

eso allí, como en ningún otro lugar, se visibilizan todas las dimensiones del hecho social, sus cambios y contradicciones, las emergencias que hablan de contenidos coyunturales económicos e ideológicos. Y eso no excluye la lucha, el conflicto. El espacio público no es sólo una comarca de oposición a los esfuerzos de la *polis* por su control social -su domesticación-, sino que, como lugar de civilidad, es un escenario donde se manifiestan también los sentimientos ciudadanos y la resistencia social a través de diversos mecanismos.<sup>67</sup> Ahora bien, si se vuelve sobre su rasgo abierto donde parece reinar el azar se tiene claro que allí nadie está a salvo. Y ello significa que los seres que lo ocupan, cruzan o transitan están en una posición de constante zozobra e incertidumbre pues así como pueden suceder las cosas más amables y “civilizadas” también pueden surgir las más brutales y desquiciadas. En consecuencia, sin desconocer una cierta noción de espacio público cercana al republicanismo Kantiano defendido por Habermas, aquí se defiende una acepción distinta que, en efecto, lo concibe como lugar de comunicación pero no desde una posición de armonía idealizada signada por la razón y la concordia, sino por otra cruzada de irrupciones, de conflictos, de superficies tejiéndose y a punto de salirse de sus bordes, tal como la realidad social misma de la que ese espacio público es proscenio privilegiado. Sobre la relación espacio público-conflicto, sin embargo, parece que aún falta mucho por plantear y definir, sobre todo desde que los discursos dominantes sobre la ciudad se han apoderado en su beneficio de valores abstractos como “ciudadanía”, “diversidad”, “tolerancia”, “civilidad”, etc.

Si hasta aquí se han tocado algunos lineamientos que sirven para enmarcar teóricamente esta investigación ahora es el momento de hablar sobre los puntales básicos sobre los cuales ésta se asienta, no sólo para reconocer los rudimentos de una conceptualización que a estas alturas debería estar clara, sino para insistir en la urgencia por volver al mundo empírico, para ver

---

<sup>67</sup> La protesta sería uno de ellos. Véase Manuel Delgado, Gerard Horta, Nadja Monnet et al., *Carrer, festa i revolta. Els usos simbòlics de l'espai públic a Barcelona*, Departament de Cultura, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 2004. Se podría decir también con Foucault que en el mismo momento en que se da una relación de poder existe una posibilidad de resistencia, pues siempre es posible modificar su dominio en condiciones determinadas y según una estrategia precisa. Ver Michel de Foucault, *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, Alianza, Madrid, 1995, p. 162

cómo esos predecesores reclamaron un acercamiento a las conductas observables, al transcurrir de la vida y de las vidas concretas que la componen. No se disimula la profunda huella del interaccionismo simbólico originado en G. H. Mead y, por supuesto, de la microsociología goffmaniana, influencias teóricas que parecen recorrer, de uno u otro modo, los trabajos actuales sobre ese tópico. Las interacciones entre extraños, sus modos de operar descritas de una manera casi etológica, el carácter de las representaciones públicas, etc., aluden a un orden visible en el espacio público que también habla de su legibilidad en términos prácticos..., todo ello en trabajos sustentados en una fuerte observación de las minucias en donde parece clara la utilización de una especie de *zoom* que permite captar la maravilla del detalle, de lo aparentemente obvio, para mostrar la manera en que se organizan esos dispositivos sociales en los espacios urbanos. La etnometodología y la etnografía de la comunicación también representan ascendentes importantes en esta investigación. Por descontado que no se han ignorado los presupuestos básicos de las ciencias sociales del espacio, tanto los que arrancan en la escuela sociológica francesa de Durkheim y Mauss, como las derivadas de la cinésica de Ray L. Birdwhistell o la proxemia de E.T. Hall.<sup>68</sup> Por último, y también en este marco teórico general, se asume la presencia permanente de Jane Jacobs que, en su libro más paradigmático, nos invitaba a estudiar la ciudad aventurándose de plano en el mundo real, pues para observar su comportamiento sólo hay un mecanismo pertinente: “Observar atentamente, con las menos pre-expectativas posibles, las escenas más ordinarias, los acontecimientos más corrientes, e intentar averiguar después lo que significan y si entre ellos discurre algún vínculo de coherencia...”.<sup>69</sup> De ella se aprendió que la complejidad de la ciudad reposa en el cúmulo de interacciones y actividades que allí pueden darse, mostrando cómo las calles y las aceras son sus órganos más vitales, por ello “el ballet de las aceras de una ciudad nunca se repite a sí mismo en ningún lugar, es decir, no repite la

---

<sup>68</sup> Cabe aquí reconocer el mérito precursor, en la difusión entre nosotros de tales perspectivas, del libro de José Luis García *Antropología del territorio*, Ediciones JB, Madrid, 1977.

<sup>69</sup> Jacobs, *Muerte y vida de las grandes ciudades*, p. 17

representación como una gira; incluso en un mismo y único lugar, la representación está llena de improvisaciones”.<sup>70</sup>

Y en esa misma óptica de estudios paradigmáticos en la calle o el parque se encuentra el pionero de Whyte, al que ya se ha hecho mención, que vuelve sobre la vida de los parques y pequeñas plazas de New York, para mostrar cómo se despliega la danza cotidiana de los usos, de las interacciones entre extraños, de la sincronía de los caminantes, de las visibilidades en juego en el marco de los desplazamientos y los encuentros. Una vuelta a la empiria dura para hacer de nosotros, como querría Baudelaire, “pintores de la vida moderna”, capaces de vertebrar un collage de percepciones, vivencias, modos de operar; y en el fondo de todo parece perfilarse la presencia cooperativa, los roles intercambiables y la existencia plena de la vitalidad urbana, recordando que allí “la gente no es un problema, al contrario, es el corazón de la vida de las calles céntricas. Su animación pone a prueba a la ciudad misma. Ejecutantes avezados y público solvente. Esa es la materia de una saludable vida urbana. Su vigor es una prueba del vigor de la ciudad misma”.<sup>71</sup> En el mismo ámbito está el estudio comparativo de dos plazas públicas urbanas, ya no en un escenario estadounidense sino en Costa Rica, hecho por Setha M. Low.<sup>72</sup> Allí hace un análisis etnográfico de la historia, la política y el contexto sociocultural de desarrollo de esos dos lugares ubicados en la ciudad de San José y los significados generados a partir de la producción social del espacio. Habla de los cambios en la vida diaria de las plazas, de sus transformaciones a través del tiempo que pueden ser vistos en el mobiliario arquitectónico, en la clase social y el género de los usuarios, en la gama de ocupaciones y sitios de trabajo; en la naturaleza de la vigilancia y el control social, como también en lo que la gente dice sobre su experiencia en la plaza.

Esa riqueza accional de la calle, el parque y la acera, su puesta en escena como una coreografía donde hierve la vida social urbana, también se puede ver en trabajos más actuales, como el de Mitchell Duneier, *Sidewalk*, en que se confiesa una fuerte influencia de Goffman, White y Jacobs, incluso tornando al escenario neoyorkino de Greenwich Village. En esta obra se

---

<sup>70</sup> *Ibidem*, p. 54

<sup>71</sup> Whyte, *City*, p. 55

<sup>72</sup> Setha M. Low, *On the plaza. The politics of public space and culture*, University of Texas Press, Austin, 2000.

muestra esa vida en los bordes que tiene lugar en las aceras. Allí, a través de la voz de unos personajes reales que parecen concentrar también ese mundo urbano antagónico y disperso, se desvelan sus formas de hacer, sus interacciones cotidianas insertas dentro un marco social problemático que habla de tensiones alrededor de las desigualdades y diferencias culturales percibidas en zonas peatonales densas.<sup>73</sup> Su relevancia consiste, quizá, en fijar su mirada sobre la acera como objeto donde se despliegan los movimientos de la vida urbana mediante un empeño empírico a fondo al estilo clásico (observación participante, entrevista) combinado con el uso de otros instrumentos como el análisis conversacional. Coincidentalmente la mayoría de estos trabajos, sobre todo los más recientes, se insertan en lo que se podría denominar corriente estadounidense contemporánea de estudios urbanos, cuya base parece reposar en la Escuela de Chicago, la microsociología y la etnometodología.

Pero no sólo allí se hacen acercamientos interesantes a la vida en la ciudad como lo demuestran los estudios de I. Joseph, que ya se han comentado, y de otros como los de Jean-François Augoyard, también en la esfera francesa y europea. En el estudio de Augoyard sobre el caminante cotidiano en el medio urbano a través de los relatos de prácticas del espacio, de sus *retóricas caminatorias*, se palpa ese carácter sensible del espacio público. De una manera bella va describiendo las figuras que traza el habitante que camina: figuras elementales de exclusión, de evitamiento; figuras polisémicas de ambivalencia, aplazamiento, bifurcación. Y retrotrae también algunas figuras literarias como la anáfora, la hipérbole y alusiones al asíndeton y sinécdoque, para mostrar cómo organizan los caminantes sus marchas, sus movimientos. Figuras, tropos, ritmos que refuerzan la idea de que la organización de los caminantes se constituye a la manera de una poética. Augoyard vuelve sobre la esencia de la vida colectiva, para decir que ésta se define también por una “constante tensión entre la especialidad construida de acuerdo al uso y la deconstrucción retórica de ese espacio, hecha en provecho de la expresión de los estilos de habitar”.<sup>74</sup>

---

<sup>73</sup> Mitchell Duneier, *Sidewalk*; Farrar, Strauss and Giroux, New York, 2001

<sup>74</sup> Jean-François Augoyard, *Pas à pas. Essai sur le cheminement quotidien en milieu urbain*. París, Seuil, 1979, p. 101

En la *Invención de lo cotidiano*, Michel de Certeau hace un elogio al héroe anónimo, al caminante de la calle que se confunde con otros cuerpos y otros modos de transitar. Muestra cómo las formas de hacer se constituyen en el medio por el cual los usuarios se reapropian del espacio organizado por las técnicas de la producción sociocultural. Esas prácticas se articulan en los detalles de la vida cotidiana y se visualizan mediante las tácticas usadas por grupos o individuos dentro de los espacios urbanos. Desarrolla una teoría del espacio vivido a través del paseo, de renombrar, de narrar y recordar la ciudad, mostrando cómo esas prácticas espaciales eluden la cuadrícula y los estreñimientos de la planeación urbana. En el paseo, el caminante crea y representa el espacio, lo trasiega pero no se somete a las intenciones de sus diseñadores. Él es, también, ese mismo espacio por el que transcurre.

---